

RAFAEL VICTORINO MUÑOZ

HISTORIA ILUSTRADA DEL AUTOMÓVIL

Y OTRAS FICCIONES



Rafael Victorino Muñoz Silva, narrador y ensayista venezolano, nació en Valencia, estado Carabobo, en el año 1972. Egresado de la Universidad de Carabobo como licenciado en Lengua y Literatura, cursó también estudios de postgrado en la misma institución, obteniendo el título de Magíster en Lectura y Escritura. Su vocación académica lo llevó a desempeñarse como profesor universitario en la Facultad de Ciencias de la Educación y en el Área de Estudios de Postgrado de su alma mater, además de impartir clases en diversas instituciones de educación superior del país, como la UAM, UJAP, UPEL, UNEFA, IUTI, CUAM y la UNEY.

En su trayectoria literaria ha desarrollado una obra sólida y diversa. Como narrador ha publicado los volúmenes de cuentos *Pre-textos*, *Alba para dos ciegos y otras maniobras*, *Relatos*, *Retablos*, *Olimpícos e integrados*, *El águila de dos cabezas*, *Página roja* y *Libro número uno*, además de la novela *Manual del sinvergüenza*. En el ámbito del ensayo ha dado a conocer los títulos *Notas y digresiones*, *Compás mayor* y *Apuntes de sobremesa*, textos que revelan su aguda mirada crítica y su capacidad de reflexión sobre la literatura y la cultura.

Su obra ha sido reconocida tanto en Venezuela como en el extranjero. Parte de su producción narrativa ha sido incluida en diversas antologías nacionales e internacionales, como *Palabras de anunciación y de otras adyacencias*, *Quince que cuentan*, *Breve manual para reconocer minicuentos*, *Voces con vida* y *Líneas portulanas*. Asimismo, ha colaborado con numerosos medios impresos y digitales —El Carabobeño, El Espectador, Letra Inversa, La Tuna de Oro, Predios, Candidus, Segmentos, Letralia, Vuelta de Tuerca, valencia.com—, donde ha publicado cuentos, reseñas, trabajos de investigación y artículos de opinión.

Su labor creativa ha sido premiada en certámenes literarios de relevancia como la Bienal Vicente Gerbasi, la Bienal Salvador Garmendia, el premio Rafael Zárraga y el concurso de literatura infantil “Panchito Mandefuá”. A nivel internacional, obtuvo el primer premio en el Concurso Internacional de Novela de Monte Ávila Editores, consolidando su presencia en el panorama narrativo hispanoamericano.

Actualmente, Rafael Victorino Muñoz coordina el portal eldiente-roto.org, una página dedicada a la difusión de la literatura venezolana, desde donde continúa impulsando el pensamiento crítico y la creación literaria en el país. Su obra se caracteriza por una mirada lúcida sobre la realidad, una prosa cuidada y una inquietud constante por explorar las posibilidades del lenguaje y la ficción.

Historia Ilustrada del Automóvil

y otras ficciones

Rafael Victorino Muñoz

Rafael Victorino Muñoz
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798293140121
Depósito Legal: ZU2025000198

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PARTE I. CARBURADOR

Historia ilustrada del automóvil

La funeraria Cristo Rey, que está en la avenida Bolívar, como a unas tres cuerdas de donde yo vivía para ese entonces, puso a remate su vieja flota de vehículos fúnebres con la intención de poder amortizar el pago de los nuevos que adquiría. Algunos de los vehículos que remataban eran Cadillacs, pero en su mayoría se trataba rancheras Ford y Chevrolet adaptadas a las necesidades de los difuntos y sus familiares. Para muchos comprar un carro fúnebre y usarlo como transporte personal o familiar era como una superstición: era llamar e incitar a la muerte a presentarse. Pero mi papá no pensaba en eso, sino que vio la única oportunidad de poder tener un medio para llevar a su numerosa familia a la escuela.

Éramos ocho hermanos, producto de cinco partos, tres de ellos múltiples. Estábamos casi seguidos en cuanto a edad se refiere: yo, el mayor, tendría 11; mis (únicos) hermanos: Luis y Franco; después venían las mujeres: Paula y Camila; Estela y Luz; y Sofía, que era mi favorita, no sólo por ser la menor o por su parecido con *Pipi Calzas largas* sino porque, además de mí, era la única que no tenía una gemela, o un gemelo en mi caso.

Aun puedo recordar el grito de mi mamá, al ver a mi papá recostado en la camioneta (todavía no le había quitado los rótulos de la funeraria), mientras éste le decía:

—Mira lo que compré.

Debe haber sido el *qué* más largo e intenso de la historia familiar, o quizás lo haya sido su segundo o tercer embarazo múltiple, no sé, estaba muy pequeño para recordar los embarazos sucesivos y periódicos de mi madre. Pero lo de la camioneta fúnebre sí lo recuerdo perfectamente: para nosotros, todos los hermanos, fue una alegría y de inmediato gritamos y corrimos y saltamos como locos, trepándonos a la camioneta y arrojándonos los restos de flores (sobrevivientes de las coronas) que todavía estaban en la parte de atrás del carro.

Mi mamá juró que nunca se subiría, mucho menos en la parte de atrás, porque allí se montaría una sola vez en su vida y esperaba que fuera dentro de muchos años con el favor de Dios y la virgen y el divino niño y las ánimas del purgatorio y... Nosotros, por el contrario, desde el primer momento, preferíamos ir en la parte de atrás, donde tantos habrían hecho su último viaje. Es necesario aclarar que, dada su función, la estructura del vehículo se había modificado, de modo que sólo había dos asientos (el de piloto ocupado por mi papá y el de copiloto casi siempre solo); y lo demás era el espacio donde se solían acomodar los féretros, teniendo a cada lado unas como barandillas donde, a pesar de lo difícil que era ir sentados, nosotros nos divertíamos de lo lindo, riendo cuando caíamos al perder el equilibrio cada vez que pasábamos por un hueco.

No había dudas de que lo más cómodo era ir acos-

tado en el centro de la parte posterior: el espacio para los féretros. Nos peleábamos por ese espacio, así que hubo que establecer turnos para poder ir en ese lugar. Un día comenzó el juego, no sé de quién fue la iniciativa, pero al ver a alguien acostado en la parte posterior de un vehículo que había pertenecido a una funeraria era inevitable que lo asociáramos con la condición de difunto. Así que el que iba acostado tenía que permanecer lo más quieto posible, sin abrir los ojos, ni tragar saliva, ni reírse, ni siquiera cuando los demás hicieran chistes para que eso ocurriera, o cuando caíamos en un hueco. Había que estarse tranquilos, porque si el que estaba en el centro hacía algo que demostrara que estaba vivo, entonces perdía su turno y le tocaba a otro u otra acostarse allí. De este juego nunca hablábamos delante de los mayores, pero nuestro padre sospechaba, aunque nunca dijo nada.

Con el tiempo comenzamos a introducir variantes en los chistes y bromas para hacer reír al muerto, hasta que a Luz y Estela se les ocurrió lo del Rosario. Sucedió que, por esos días, murió la señora Angélica, que vivía sola, en la casa más pobre de un barrio donde ya todo el mundo era pobre. La señora Angélica posiblemente haya sido la mujer más triste que vi en mi vida; sólo la vi sonreír una vez, cuando se compró unas empanadas muy ricas que vendían en la esquina. Pero la señora Angélica sólo supo sonreír con la mirada, porque al parecer había olvidado lo demás. Cada vez que recuerdo esa sonrisa (si cabe el término) me entra

una congoja en el alma. Esa sonrisa me produjo más tristeza que su propia muerte.

No nos era permitido asistir a los velorios y funerales, pero como lo de la señora Angélica era muy cerca, podíamos escuchar todo lo que pasaba y decían allí; incluso, cada tanto, alguno de nosotros se escapaba, llegaba hasta la puerta de latas del rancho y asomaba un poco la cabeza para ver y escuchar mejor. Luego, quien quiera que haya sido el espía, corría a contarnos lo que pasaba y lo que había visto.

Posterior a la muerte de la señora Angélica, como decía, fue que a Luz y Estela, las gemelas diabólicas como las apodaba mi tía Elena, se les ocurrió lo de ir rezando el rosario, mientras alguno estaba acostado en la parte posterior de la camioneta, haciendo su papel de difunto. Como no sabíamos el rosario completo, ni habíamos entendido las demás palabras que se rezaron aquella noche de lo de la señora Angélica, lo único claro que intercalábamos, cada cierto tiempo, era el estribillo “ruega por ella”. Siempre decíamos así: “ruega por ella”, sin importar si el *difunto* del juego era un varón o una hembra. Una vez probamos con el “ruega por él”, pero no tenía el mismo efecto solemne que lo escuchado aquella noche, la última noche de la señora Angélica.

Al principio sólo murmurábamos cosas balbuceantes, acompañando cada tanto con el “ruega por ella”: era algo así como un canto gregoriano repitiendo muchos sonidos como *mu me mb ma*

me bu ma be be mem ruega por ella. Pero luego comenzamos a intercalar palabras de verdad, con significado pero sin sentido, construyendo frases a todas luces incoherentes. Decía Franco:

— El catire de la calle de tierra se comió tres sardinas sin abrir la lata.

— Ruega por ella— coreábamos todos, a punto de llorar de la risa, pero sin dejar de prestar atención al *difunto*, que tenía que permanecer serio, sin mover ni un músculo, para no perder su turno en el piso del carro.

— Las muñecas de trapo no salen solas a la medianoche porque se las come un sapo— decía Camila

— Ruega por ella— gritábamos, y cuanto más fuerte fuera el grito, más complacido se sentía quien había elaborado la frase, pues sabía que en ello había un reconocimiento a su genialidad.

Franco era el más ocurrente a la hora de componer estas joyas, dignas de una obra de teatro del absurdo. Pero todos, absolutamente todos, cada vez tratábamos de esforzarnos más en construir ideas que parecían sacadas de la mente de un esquizofrénico en pleno delirio. De allí que nos preocupamos, pues, por comenzar a hacer lecturas a escondidas, de lo que fuera, para poder tener un vocabulario más amplio y cometer la mayor cantidad de absurdos posibles. (No me extraña que, con el tiempo, casi todos nos hayamos convertido en escritores, actores, abogados, políticos, profesores o vendedores.)

Por ese entonces comencé a interesarme en las discusiones de política, historia y economía de mi papá (que tenía sus ideas de izquierda) con mi abuelo (que era más conservador, como corresponde). Muy ufano, cuando me tocaba mi turno en el rosario (porque eso sí, respetábamos el turno de cada cual a soltar su frase loca), yo decía:

—La plusvalía ideológica del lumpen proletariado.

—Ruega por ella.

A veces mi papá, debido a que caía en un hueco, o que alguna persona se cruzaba violentamente en la vía, soltaba algún insulto, aunque él siempre fue un hombre muy correcto y respetuoso:

— Esta vieja loca coño e su madre.

— Ruega por ella— le respondíamos todos (incluso hasta el *difunto*) y mi papá nos devolvía una sonrisa cómplice a través del retrovisor.

Creo que esa fue la época más feliz de mi vida, hasta que terminé la escuela y después comencé el bachillerato, y ya no acompañé a mis hermanos en sus juegos, no sólo por ser mayor sino porque teníamos distintos horarios y me tocaba muchas veces tomar el autobús. Sin embargo, nuestra frase favorita me ha acompañado a lo largo de la vida: cada vez que tengo algún momento difícil con alguna persona o por alguna persona sólo me basta decir “ruega por ella” y de inmediato vuelvo a sonreír.

Hace días, por ejemplo, la jefecita que tenemos ahora en el Departamento llegó con otra de sus nuevas normas: regular el horario de mediodía,

porque están llegando muy tarde, sólo es una hora de almuerzo; regular el horario del café, sólo se permite un break en la mañana y uno en la tarde, máximo cinco minutos. Precisamente, durante el momento del café, varias de las secretarías estaban hablando mal de los peinados, de los zapatos, las uñas y demás de la jefa. Una de las secretarías dijo algo así (no se entendió bien, por la rabia contenida con que lo dijo):

— Uy, esa vaca loca malparida...

— Ruega por ella— se me salió la letanía en voz alta. Varios me vieron con cara de extrañados; yo apuré el café y salí rápido, dando un portazo mientras alguien, quizás comprendiendo el juego, dijo un alargado: aaaaméenn; casi igual que como hacíamos nosotros, cuando estaba mi pequeña Sofía acostada en medio del carro, haciendo de *difunta* pero sonriendo, con un ojo cerrado y otro entreabierto.

El juego del ciego

La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos se conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño

Borges, *El inmortal*

Aunque estaba ya bastante acostumbrado a manejar en viajes largos, era la primera vez que llegaría hasta Carora, conduciendo yo o no. Lo más lejos que he llegado es, por los otros extremos del país, un par de veces hasta Puerto la Cruz y también hasta Ciudad Guayana, sin dejar de mencionar que conduje a San Fernando de Apure, y una vez hasta Mérida, Táchira, cruzando incluso la frontera con Colombia. Por el lado del occidente lo más lejos que me había aventurado era Punto Fijo. Pero no era de eso de lo que quería hablarles.

Creí que sería sencillo llegar hasta Carora, como en efecto después lo fue. Aunque en un primer momento, luego de pasar Barquisimeto, Quíbor, no vi más señalizaciones y, como la distancia se alargaba y se alargaba, por un momento temí perderme. Quise preguntar en alguna parte, para asegurarme, pero no se veía a nadie en el camino: ni paradores de carretera, ni estaciones de servicio. Una vez vi dos zamuros parados en una piedra, y eso me dio mala espina. Pero no era de eso de lo que quería hablarles.

Por fin llegué a Carora, uno de los lugares más calurosos donde he estado; y conste que en este país hay lugares calurosos. La primera convención de maestros y concertistas de guitarra era en un lugar que llaman la Casa de la Diversidad. Una vez entrado a Carora, no resulta demasiado difícil orientarse; no es una ciudad precisamente grande, y para quien ha vivido en Caracas y en Valencia, cualquier otra ciudad puede resultar sencilla de entender. Pero tampoco voy a hablar de eso.

Durante el evento, en un momento en que la sala estaba llena, vi entrar a una chica alta, muy atractiva, de rotundas caderas, con un largo y ceñido vestido que acentuaba sus formas. Mientras la veía alejarse hacia el otro extremo de la sala recordé aquella anécdota de Bucowski, quien perseguía el trasero de una chica y decía que parecían dos ositos de felpa peleando debajo de una sábana. De esto era de lo que quería hablarles.

Aunque en un primer momento Graciela, como supe después que se llamaba la chica del largo y ceñido vestido, fingió no verme, yo tengo un sexto sentido para saber esas cosas, tal como he dejado escrito en otras oportunidades. De hecho, saludó a mucha gente y miró en varias direcciones, pero intencionalmente no miró hacia donde yo estaba, o fingió que no lo hacía, a pesar de que yo sé algo que no me avergüenza confesar públicamente: soy un hombre alto y guapo, y rara vez una mujer deja de dedicarme sea una breve mirada, aunque sea por ver de quién se trata.

Después de la actividad de la tarde, que fue el momento en que vi por primera vez a Graciela, hubo una pausa para descansar y prepararse para unos recitales que habría luego. Antes, nos indicaron dónde sería el lugar del siguiente evento y que después de eso teníamos una mesa reservada para cenar en cierto sitio. Así que salimos de la sala y yo traté de no distraerme demasiado en los saludos y apretones de mano de muchos colegas y conocidos de otros eventos, para poder alcanzar a Graciela, a quien veía salir ya por el largo pasillo, más bien zaguán, de la casa. Normalmente, en un evento de este tipo, la gente sentada siempre da la impresión de ser menos numerosa que la que está en realidad, y uno sólo constata el número cuando se ponen de pie y se aglomeran en los pasillos. Es decir, el gentío me impedía salir.

Cuando por fin gané la calle, no veía a Graciela por ningún lado. La casa de la diversidad está justo en medio de la cuadra, podía haber cruzado ya en una esquina, ya en la otra. Pero me percaté de que, en una esquina, hacia la plaza, un hombre parecía mirar profundamente embelesado (quizás a una mujer). Supuse que sería por Graciela. Caminé, corrí, en esa dirección. No me equivoqué. Cuando llegué a dicha esquina, apenas tuve tiempo de verla doblar en la siguiente. Nuevamente corrí, pese al calor insoportable y pegajoso de Carora.

Esta vez no tuve tanta suerte: al llegar a la siguiente esquina, no se veía a nadie. Pero algo me de-

cía que ella tenía que haber entrado en un lugar: a menos que hubiera corrido como yo lo hice, no habría tenido tiempo de cruzar en la próxima esquina; al paso que yo iba la hubiera visto por lo menos a la mitad de la cuadra. Avancé, lentamente, fijándome en todas las casas que había. Una de éstas resultó ser una tienda de artesanías, antigüedades, cuadros, entre otras cosas. Entré, nuevamente movido por mi instinto animal (¿hay un instinto que no sea animal?).

El lugar era una casa transformada más que en galería, en depósito de cientos de cuadros, muebles, lámparas, aparadores, biombos, baúles, entre muchos otros cachivaches, algunos sin verdadero valor artístico. Apenas pude entrever, entre un pasaje de una sala a otra, un pliegue del vestido de la mujer a la que seguía. Busqué la manera de salir de esa habitación. Me topé con una reja: no podía pasar a la siguiente sala, pero pude ver a Graciela (su espalda), preguntando por una escultura pequeña de una jirafa cuyo cuello parecía doblado en una forma inverosímil.

Estuve largo rato viendo los ademanes de Graciela (no podía escuchar su voz ni ver su rostro, como estaba de espaldas a mí) y viendo la negativa tanto de ella como del vendedor, al parecer enfrascados en un largo regateo sobre el precio. Al final no hubo acuerdo, y Graciela caminó, en dirección a lo que yo supuse sería la salida a la calle. Estaba seguro de que ella no me había visto, y el dependiente tampoco.

Esta vez, no sé por qué, no tuve prisa. Deshice el camino inicial, salí de la sala, di un largo rodeo, llegué hasta donde estaba el dependiente que discutía con Graciela, le pregunté cuánto costaba la jirafa, y pagué sin reparar en el precio. Luego salí a la calle y, confiando por enésima vez en mi suerte (que nunca ha dejado de acompañarme), seguí un rumbo que no conocía, creyendo que me llevaría a Graciela.

Vi muchas casas, de aspecto severo, colonial; calles empedradas, calor (un calor que casi se veía, por lo menos en las calles que reverberaban). Di un par de vueltas y entonces recordé que el hotel, o los hoteles que nos habían asignado, estaban en el otro extremo de la ciudad; que Graciela estaba caminando sin mucha prisa, que la otra actividad sería en una hora, un poco más, así que pensé que sólo había dos opciones para una persona que no conoce la ciudad y no anda en carro: volver al sitio del evento anterior o sentarse en la plaza a esperar.

Graciela estaba en la plaza, hablando con otra chica, a quien parecía conocer de antes, dada la familiaridad con que se trataban. Esa sospecha se confirmó cuando, al acercarme lentamente, ella señaló con la barbilla en mi dirección, la otra chica volteó, y se alejó sin más ni más. Me senté al lado de Graciela, tratando de disimular el sofoco que traía por culpa del calor, le dije:

—Hola, creo que se te quedó esto— al tiempo que sacaba la jirafa de la bolsa.

Graciela dio un grito de sorpresa y alegría, al tiempo que revisaba la jirafa por todas partes, como para cerciorarse de si era la misma. Luego nos presentamos, o me presenté, porque ya yo sabía cuál era su nombre (se lo pregunté a un conocido cuando estábamos saliendo del evento anterior; incluso me dijo que la chica era de San Carlos). Pero ella me dijo que ya sabía quién era yo, que conocía mi carrera y mi trayectoria, y que le gustaba mucho mi trabajo.

Le pregunté:

—Entonces, ¿por qué no me saludaste cuando me viste en la sala?

Por toda respuesta hundió la barbilla en la bolsa de la jirafa, para ocultar una sonrisa de complicidad. Hablamos un rato y yo le dije que si quería podía llevarla a su hotel para cambiarse antes de la cena y de la actividad de la noche. Pero me dijo que no, que prefería que siguiéramos hablando un poco, que ya no faltaba mucho antes de la otra actividad. Así que permanecemos un rato más en la plaza (no se estaba tan mal allí, en realidad), viendo cómo oscurecía y sintiendo cómo por fin el calor cedía poco a poco ante la brisa nocturna. La siguiente actividad era una charla sobre la evolución de la guitarra, pasando por la historia de todos los instrumentos de cuerda hasta llegar a la *viola de gamba* y la guitarra actual. Como conocía ese cuento, ya que esa misma charla incluso la había dictado yo en otras partes, me dediqué a recorrer el lugar, que era también una casa museo,

dedicada a la trayectoria del maestro Alirio Díaz. Tuvimos la suerte de que, por esos días, estaba el maestro Alirio Díaz en casa, y aunque ya no tocaba sí pudimos disfrutar, en el marco del evento, de algunas de sus grabaciones y videos, y de una conversación, no muy extensa, con él. No muy extensa porque su estado de salud algo delicado aconsejaba que no se ajetreara mucho. En fin, fue un gusto verlo, pero mayor gusto fue que por fin terminara la charla y fuéramos a cenar.

Graciela se fue conmigo en el carro. Cuando llegamos al lugar, una vez que estacioné, la miré fijamente, aunque ella no quería voltear hacia mí: sabía lo que se venía. Así que tuve que tomar suavemente su barbilla para poder darle un beso. Cuando entramos al salón comedor, todas las mesas reservadas a los asistentes al evento, ya estaban ocupadas. Pero una empleada nos llevó a una alejada del ruido, en un salón más íntimo y acogedor. Justo lo que necesitábamos.

En la mesa, mientras cenábamos, la sentí un poco fría, me refiero a Graciela. Ella notó que yo lo notaba. Así que me aclaró que se había estado sintiendo mal, del estómago. Le pregunté si quería que la llevara a su hotel (contrariamente a mis verdaderas intenciones; pero creí que en ese momento me convenía más mostrarme como un caballero que como un aprovechador). Sin embargo ella me dijo:

— No, mejor vamos a tu hotel, porque mi habitación la estoy compartiendo con la chica a la que

viste en la tarde en la plaza.

Eso sólo podía significar una cosa. Como no había que pedir ni pagar la cuenta, salimos de una vez. Yo no podía aguantar a llegar al hotel (de verdad debo confesar que Graciela es la mujer más atractiva con la que he estado) y, aún en el carro, la besé repetidas veces, bajé hasta su cuello, desanudé las cintas de su vestido, besé sus senos. Pero ella me dijo:

— Not here— un día descubriría que, en momentos de emoción, ella olvidaba el español y volvía a hablar el primer idioma que aprendió, ya que ella nació en Tulsa.

A pesar de lo que dije al inicio, el camino de regreso se me hizo un poco complicado, y estuvimos a punto de perdernos, pero finalmente llegamos al hotel. Entramos a mi habitación y sin encender la luz encontramos la cama, sin ponernos de acuerdo nos desnudamos el uno al otro, sin apuro nos amamos y, al mismo tiempo, llegamos a un clímax, más intenso que cualquier otro que recuerdo.

Luego, ya más relajados, me dijo:

— La próxima vez deberías preguntar si estoy tomando un método anticonceptivo.

— Ah— dije yo. ¿Y lo estás tomando?

— No, no me hace falta.

No quise indagar más, por los momentos. Al cabo de un rato me dijo que la llevara a su hotel. Pero, como la puerta de mi habitación estaba casi frente a la recepción, y al asomarnos vimos que

en la sala estaba un gran grupo de los asistentes al evento, que la conocían y me conocían, retrocedió y cambió de idea.

— Creo que mejor tomo una ducha aquí.

Hicimos el amor varias veces, esa madrugada. Me sentí como si tuviera otra vez 19 años. Estuvimos hablando a ratos, escuchando el ruido que hacían los compañeros del evento, que se adueñaron definitivamente de la recepción.

Creo que me quedé dormido un rato, porque cuando abrí los ojos, ya se filtraba la claridad diurna en las ventanas y Graciela estaba sentada en la cama, ya vestida, esperando que la llevara a su hotel.

En la entrada del hotel de Graciela estaba la amiga a la que vi el día anterior en la plaza. Nos presentó y Graciela me invitó a que tomáramos el desayuno allí mismo en el restaurant de su hotel. La amiga parecía sentir algo de celos por mi presencia. Sin embargo la ignoré, hasta que poco a poco fueron llegando los demás asistentes al evento (ya que la mitad se quedaba en el hotel de Graciela y la otra mitad en el mío) y la amiga se diluyó en las otras mesas.

Graciela estaba pensativa, parecía preocupada. Al principio creí que estaría así por el traspaso. Luego me dijo que tenía que decirme algo. Nada preocupa tanto como eso. Mi primer temor fue que me dijera que era casada. Pero no era eso:

— Sabes, yo me voy hoy. Como llegué al evento desde el principio; es que debo atender unas cosas del trabajo.

En efecto, yo había llegado prácticamente a lo que era el penúltimo día, y el evento duraba cuatro.

Obviamente tenía que preguntarle:

—¿Nos volveremos a ver?

—Perhaps...

Y no añadió más. Después del desayuno, se levantó, o nos levantamos. La acompañé hasta la recepción del hotel. Miró en derredor, me dio un breve beso y subió corriendo las escaleras hacia las habitaciones, como si estuviera en un cuento de hadas.

Estuve toda la mañana y toda la tarde pensativo. Casi no puedo recordar qué más se conversó en el resto del evento. Pero cada vez que se abría la puerta de la sala de reuniones, esperaba ver entrar a Graciela. Me di cuenta de que no le había pedido su teléfono, ni le había dado el mío. Quizás me sería fácil indagar, quizás ella ya había indagado. Quizás... ésa fue su última palabra.

Una amiga de Valencia, con la que coincidí allí, notó mi anonadamiento. Esta amiga, Zaphir, fue con quien pasé el resto de la velada, conversando. Fue a cenar conmigo. Y le conté todo lo que había ocurrido y por qué estaba así. En realidad el tema surgió porque ella mencionó a Graciela, diciendo que se trataba de una mujer muy hermosa y que todos los hombres que asistieron al evento (mi amiga Zaphir sí estuvo desde el inicio) se habían mostrado muy interesados en ella, en *mi* Graciela.

En fin, volvimos a Valencia, Zaphir y yo, y mi preocupación seguía en aumento, ya que no pude dar con el teléfono de Graciela y temía no volver a verla. Sólo sabía que vivía en San Carlos, o al menos eso creí (después supe que en San Carlos trabajaba pero que vivía en las afueras de esa ciudad; no menciono el lugar por resguardar su privacidad). En el viaje de regreso a mi ciudad no supe en qué momento pasé por Barquisimeto, por tantos sitios. Llegué a Valencia en modo zombie, sin fijarme en la vía, pensando sólo en Graciela y en sus firmes senos.

Eso fue un sábado, cuando regresamos a Valencia con Zaphir, pasadas las cinco de la tarde. El martes siguiente, en horas del mediodía, recibí una llamada. Era Graciela:

— Sabes, tengo que estar en Caracas el jueves muy temprano. ¿Será que puedo quedarme mañana en tu casa?

Claro que podía; no sólo eso, también me ofrecí a acompañarla. A llevarla, traerla, buscarla, lo que fuera. Cuando cortó, me quedé pensando en dos cosas: cómo supo mi número y cómo supo que yo no era casado, o que estaba separado. Hacía unos cuatro o cinco meses apenas que mi esposa (debería comenzar a aprender a decir ex esposa) se había llevado sus cosas: su ropa, sus libros, principalmente. Y de verdad que no es que Graciela tuviera que saber que estaba separado, sino que simplemente no me había preguntado nada al respecto.

Esperé a Graciela en el terminal de autobuses de Valencia desde las seis de la tarde (hora a la que dijo que llegaría) hasta las ocho de la noche del miércoles, cuando por fin la vi bajar del autobús con una enorme maleta que me hizo temer que se quedaría no por una noche sino por toda la vida.

— Sorry, honey. Había mucha cola a esta hora— me dijo. No le pude responder porque estaba ocupado maniobrando con la pesada maleta. Ella se rio al verme en ese trance.

Esa noche nos acostamos temprano, después de una ligera cena, porque al día siguiente íbamos a salir a las cinco de la mañana. Pero en la madrugada me despertó para que hiciéramos el amor (creo que le gustaba esa hora), cosa que a mí no me molestó en lo absoluto.

Habíamos acordado que no iríamos en mi carro, sino en autobús; porque ella debía regresar después con alguien, con quien tenía que hablar algo, y que no quería que supieran que andaba acompañada conmigo. Nunca entendí esa parte, pero le propuse que, si quería, podía fingir que era su chofer. Ella lo entendió como una broma, y no insistí más, pese a lo extraño de la situación.

En Caracas siguió con el mismo comportamiento. La acompañé hasta la entrada del Ministerio de Cultura, que en ese entonces quedaba en ese edificio que está entre el Panteón y la Biblioteca Nacional. Pero me dijo que no la esperara en la entrada, sino en otra parte, porque no quería que la vieran con alguien. Me dio las señas de un res-

taurant donde nos reuniríamos a mediodía. Pero nunca llegó a dicho restaurant. Sólo me llamó al celular y me dijo que no la esperara, que comiera yo, que ella lo haría luego.

Así pasé la tarde deambulando por allí, tratando de distraerme en algo, lo que significa tratando de no pensar si estaba actuando como un estúpido o permitiendo que me trataran como a un estúpido. Hasta que por fin me llamó para decirme que ya iba camino al terminal de la Bandera, y que nos viéramos allí. Al momento de cortar la comunicación alcancé a escuchar que le gritaba “ya voy” a alguien más.

En el terminal recibí un mensaje suyo en el celular: “ya estoy en autobús, es el que está por salir; sube. Pero siéntate en otro puesto que tengo que aprovechar de reunirme con alguien en el viaje”. Supuse que parte de mi comportamiento tenía que pasar también por fingir que no la conocía. Así que caminé por el pasillo, me senté justo detrás de donde estaba ella con otro sujeto que no era yo, sin saludarla. El sujeto era, hasta donde podía ver, ya que estaba sentado, algo bastante grueso, robusto, de barba y de lentes de montura dorada. Parecía mucho menor que yo, pero lo grueso y la barba lo avejentaban.

Durante el viaje escuché parte de sus conversaciones. Todo giró en torno a unos proyectos del Ministerio sobre publicaciones, promoción de actividades, giras, otros encuentros como ese donde la conocí, un viaje a Bolívar donde el vice-

ministro tenía que inaugurar algo. Cuando hablaban del viceministro yo sabía a quién se referían, a pesar de que son varios los viceministerios: era el mismo hombre con quien se había reunido en la sede de Cultura, un poeta, de cierto reconocimiento acá, y que en la actualidad es el embajador en Francia.

Ya en Valencia, me senté en uno de los pasillos, mientras ella terminaba de hablar con el gordo, que debía tomar otro autobús hacia Barinas o algo así. Eran casi las diez cuando por fin estuve a solas con ella. Yo estaba bastante cansado y molesto como para responder a su beso y su disculpa. Sólo le dije que tenía hambre y nos fuimos a buscar un sitio que aún estuviera abierto a esa hora y que no vendieran hamburguesas (todavía seguía con sus malestares de estómago y debía evitar ciertas comidas).

Esa noche sería la última que pasamos juntos (después nos veríamos otras dos veces, pero no se quedaría). Al igual que la primera vez, hicimos el amor toda la noche. Ella quiso que lo hiciéramos en el piso, porque decía que estaba más fresco. A pesar de que yo era quien podía reprocharle algo por su comportamiento, fue ella la que me dijo que no debí sentarme en el puesto de atrás, que su amigo quizás se dio cuenta de que andaba conmigo. No dije nada, ya que no es parte de mi naturaleza discutir con la pareja. Sin embargo, al rato se serenó y me dijo que me escuchó cantar varias veces (yo canturreaba de a ratos, para

no escuchar su conversación y para hacerle saber que no escuchaba su conversación).

— Cantas bien— fue todo lo que añadió.

Nuestras siguientes dos citas fueron: un mediodía llegó a Valencia, me pidió que la llevara al cine. Vimos una película pésima. Salimos del cine y la llevé a su casa, más allá de San Carlos. Nada más. El día de mi cumpleaños me llamó, dijo que estaba llegando a mi casa, que me quería dar una sorpresa y así fue. Luego de hacer el amor estuvimos un rato hablando en el apartamento, me dijo que no podíamos seguir viéndonos así. Le pregunté si ésa era la sorpresa, cosa que pareció molestarla muchísimo, porque me pidió que le abriera la puerta. Lo hice. Me volvió a besar, me pidió que la llevara a un sitio en particular (un centro comercial) pero que no la llevara a su casa porque se iba a quedar en otra parte. Tampoco le pregunté dónde (como dije, no soy muy dado a las discusiones pasionales y siempre opto por el silencio).

La última vez que nos vimos yo acudí como invitado a una actividad que ella había organizado en su ciudad. Claro, para el momento que la organizó, todavía éramos novios (si cabe el término). Así que no rechacé la invitación en un primer momento, pero después tampoco la cancelé, a pesar de la ruptura. Ella me llamó unos días antes de la actividad, para confirmar, y le dije que sí asistiría, que no se preocupara.

Así fue. Hice el largo viaje. Toqué algunas cosas de Bach (*Gavote en rondeau*), Lauro (*El negrito*),

nada muy experimental, algo adecuado a un auditorio no muy exigente ni muy conocedor. Recibí aplausos, felicitaciones. Ella quiso tener un momento a solas conmigo, así lo sentí; pero había un sujeto, un flaco con cara de alcohólico y barba a lo Romanov, que cada vez que la veía acercarse a mí, le decía o le recordaba algo que debía atender. Así que no pude conversar con ella. Apenas cuando se volvía por última vez, para atender los requerimientos del flaco, me dijo:

— I'm so sorry.

Esa noche, cuando regresé, algo sucedió. No lo noté sino al llegar a la casa. Hice todo el trayecto desde San Carlos, quizás desde Tinaquillo, hasta Valencia, en la misma condición. Se sabe que, en las carreteras, cuando vienen carros de frente, uno pone las luces bajas por no incomodar a los demás conductores, y luego que pasan, vuelve a poner las altas, si lo requiere. Pues, tan desanimado como estaba, fue sólo al llegar a casa que me doy cuenta de que las luces bajas no funcionaban; nada más las altas. Algún problema con el relé, supe días después.

Serían cosas de Dios, quien me trajo a casa esa noche. Porque de verdad que yo en ningún momento, ni siquiera cuando no venían otros carros o no había alguna clase de iluminación (cosa que es bastante frecuente en las carreteras de este país), nunca dejé de ver la vía. Mejor dicho, siempre veía claramente todo, como si algo lo iluminara, como si tuviera la facultad o el poder de ver

en la oscuridad, como si no me hiciera falta o no me hubiera hecho falta la luz para ver.

Desde esa noche comencé el juego: comencé a salir así, a oscuras, es decir, buscando carreteras solitarias, y dejándome ir sin luces, sólo guiado por el instinto. Descubrí que tengo, quizás todos lo tenemos, esa capacidad, para intuir o entrever, o adivinar, dónde está la línea de la carretera, dónde está la línea que separa las dos vías, la que indica que de este lado no hay más carretera sino sólo el vacío. Cuando hablan de una delgada línea entre la vida y la muerte, me imagino esta franja blanca.

Y todas las noches, cuando salgo a jugar este juego, mortalmente loco y peligroso, la recuerdo: no veo la carretera, sino su rostro; no veo una línea sinuosa sino que sigo el bamboleo de sus caderas. Y de algún modo, sé que hago eso no para tratar de olvidarla, sino para recordarla más, para recordar esa última noche en que la vi. No hago esto para aliviar mi pena, ni para acabar con ella, sino para hundirme más y más en el dolor. Y como sé que en este mundo no hay cosa que no esté compensada por otra, y no somos tan únicos como pensamos, seguiré con esto hasta que me encuentre de frente con otro, u otra, que esté en el mismo juego que yo.

PARTE II. OBTURADOR

A la izquierda, personaje desconocido

Cuando el rector decidió que debíamos hacer algún congreso o evento relacionado con la literatura, por supuesto me llamó a mí. Hablamos un rato. O mejor dicho, los escuché hablar a él y al vicerrector. Al final se decidió que haríamos un congreso de diversidad cultural y literaria. El homenajeado sería el poeta Manuel Rodríguez Cárdenas, el de “*Coleadores de Boraure*, los mejores de mi tierra”, cuyo busto decora una humilde placita a dos calles de donde vivo.

En la siguiente reunión estábamos más personas: el coordinador de diseño, el coordinador editorial, el rector, el vicerrector y otra vez yo. Además del evento, el rector también quería una publicación. Se habló de hacer una revista, antología o iconografía, lo que surgiera. Mi participación, como era costumbre, consistió en escuchar bien todo y anotar. Ya estaba habituado a ser el que hacía el trabajo. Una vez definida la meta, de lo demás me encargaba yo: planificar, determinar los recursos, asignar tareas particulares, realizar yo la mayoría de esas tareas, presentar un informe, un largo etcétera.

Una de las primeras tareas consistió en entrar en contacto con la viuda del poeta, la señora Yolanda Moreno, también conocida como la bailarina del pueblo. A esta señora yo la recordaba de mi

infancia: siempre aparecía en Sábado Sensacional, al sonido del *Alma llanera*, agitando su falda floreada de ancho vuelo, con una eterna sonrisa que parecía no congelarse nunca, haciendo mover los grandes aros de sus orejas y con una cayena u orquídea, según fuera el caso, en el pelo. Llegué a hablar con ella varias veces por teléfono; se mostró muy interesada en el asunto y me ofreció una carpeta o sobre con material: una gran cantidad de fotografías del personaje; pero no habló de textos inéditos. Parece que iba lo de la iconografía, porque yo tampoco había conseguido demasiados poemas del hombre, nada que valiera la pena en realidad. Quizás su más célebre texto (el de los colegas), en una reproducción facsimilar con su caligrafía, pudiera usarse de portadilla interna de la publicación, algo así (pensaba yo).

Cuando fui a Caracas a buscar las fotos, me acompañó mi ex novia. Yo la invité, para después quedarnos en la capital y salir por allí; total, la universidad me estaba pagando todo. Así que mi ex novia estaba a punto de perder el prefijo. Me habían dado cita para las doce del mediodía, exactamente, que era la hora a la que podía la doña, quien no bailaba ya pero sí seguía dando clases a sus bailarinas del pueblo (que así se había llamado, toda la vida, su agrupación de danza). Así que tuve que esperar como una hora a las afueras del enorme caserón, que era a la vez academia de baile, para no incomodar o importunar por mi excesiva puntualidad.

La viuda no estaba, así que pensé: para qué citarme a una hora. Pero, en fin, me dieron un sobre bastante grande y grueso, que contenía cerca de un centenar de fotografías, la mayoría en blanco y negro, según pude revisar en un primer momento y comprobar, horas después, ya instalado en la habitación del hotel, con quien volvía a ser mi novia después de varios meses de ausencia. Pero así había sido siempre la relación: tres meses juntos y tres separados, o viceversa. La verdad no sé qué era primero y qué después, cuál la causa y cuál el efecto. Esa misma noche nos volvimos a pelear una o dos veces antes de la cena y una más antes de acostarnos. Luisa era mi deporte extremo favorito.

Cuando revisamos las fotos, a la semana siguiente (el financiamiento de la universidad me alcanzó para todo el fin de semana, varios orgasmos e innumerables peleas con mi ex novia), nos dimos cuenta, el rector y yo, de que cerca de la mitad de las fotos eran de la doña y no del poeta fallecido. Aunque lo que quedaba era bastante, si se piensa, para armar una iconografía, que no se había publicado antes. Así que el rector se convenció y decidimos, de manera definitiva, que sería iconografía y no antología; cosa que me agradó bastante, ya que, por un lado, no soy bueno mintiendo y tenía que dar siempre respuestas evasivas acerca de mis gustos con respecto a los textos del homenajeado; y por el otro, ya el rector se había olvidado del congreso y sólo pensaba en la publicación. Así que era menos trabajo para mí.

Pero, como la mayoría de las fotos estaban sin identificar, es decir, había personas allí que no se sabía quiénes eran (aparte del poeta a quien, obviamente, podíamos reconocer sin problemas), me correspondía ir otra vez a Caracas para hablar con la viuda. Dudé acerca de llamar, nuevamente, a mi ex novia (seguía siendo ex) y me decanté, al final, por una amiga, Iraida, cuyo esposo (más o menos tenía una relación similar a la mía) es un ingeniero alemán que se encontraba en ese momento trabajando en China. A ella le pareció bien y, entonces, concreté con la viuda: en su casa, a las doce, la misma hora de siempre.

Esta vez sí estaba la doña. Nos recibió con su eterna sonrisa (al parecer no era algo que mostrara sólo ante las cámaras de Sábado Sensacional). No lo digo por hacer halagos falsos, porque nada me desagradaba tanto como eso, pero esta señora no parecía ni de lejos ser la viuda de un hombre que en todas esas fotografías viejas ya parecía viejo; esta señora tenía la lozanía de una muchachita andina, sumada al embrujo gitano de sus ojos negros.

La señora Yolanda nos recibió en un saloncito también lleno de fotos en las paredes: en todas aparecía ella bailando; pero el detalle distintivo entre unas y otras, aparte del color del vestido y la cayena u orquídea, era la firma que aparecía en la foto: un recuerdo de otros artistas o personas famosas que la habían visitado, no sé. Nos dejó a solas un momento, a mi amiga y a mí, y fue

al interior de la casa a ordenar que nos sirvieran algo. Iraida parecía emocionada de conocerla, se notaba en sus ojos el brillo de la emoción. Me imaginé, entonces, que se mostraría agradecida conmigo en la noche. Y así fue.

Pero volviendo a ese momento, cuando regresó la señora Moreno, ya yo tenía a mano las fotografías en las que aparecían personajes a los que no pudimos reconocer (debo confesar que el rector sí sabía quiénes eran la mayoría de los señores, y de manera acertada, porque la viuda posteriormente lo confirmó).

— A ver ésta— dijo la viuda tomando la primera foto. Sí, recuerdo muy bien esa noche. Fue en el club hípico. Estábamos celebrando que un co-leador amigo nuestro había ganado un evento montando una yegua que era de mi esposo. Aquí están, de izquierda a derecha: el doctor Villegas Pulido, su esposa, una francesa exquisita que no recuerdo...

— Jacqueline— le interrumpí yo.

— Ah, sí, como la viuda de Kennedy y Onassis... Sigo: Raulito Carrasquel y su señora Mary Valverde. (En tono confidencial, hacia mi amiga) Siempre le decíamos Raulito por el tamaño... María Pacheco con Heriberto Sotillo. Pobre, nunca se casaron, pero como la quería ese hombre (otra vez se lo dijo a mi amiga).

Yo tomaba nota: fotografía número uno, de izquierda a derecha: tal y tal. Escribí el número en la parte de atrás de la fotografía, una vez que la

viuda me la regresó. Pero cuando le di la vuelta otra vez a la cartulina, me percaté de que la señora olvidó mencionar a alguien. Le pregunté:

— Y éste, ¿quién es?

Ella volvió a mirar la foto, a mí con, perplejidad, y enfocándose siempre en Iraida, respondió:

— La verdad es que no me acuerdo.

Yo anoté: a la izquierda, personaje desconocido. Le alcancé otra foto de grupo. La viuda la revisó y casi gritó:

— Aquí está el mismo personaje. Voy a preguntarle a Martita cuando la vea, a ver si ella recuerda. Tantos años con estas fotos aquí y no me había fijado.

Yo escribí: a la izquierda persona desconocida, mientras iba tomando al vuelo los nombres de las otras personas que mencionaba la señora: Sofía Imber (ésa ya sabía yo quién era), Fernando Gerbasi (ídem), el embajador de Alemania era ese alto, pero no recordaba el nombre, aunque sí sabía o recordaba que esa había sido una gala en la embajada alemana a la que la invitaron a ella a bailar. Éste es López Michelena y su esposa; le decían la Cuchi (pero esto no me lo dijo a mí sino a Iraida).

En la tercera foto no estaba el desconocido, sino el poeta Rodríguez Cárdenas junto con Escovar Salom y un tal Venustiano Carranza Pacheco, que no sé quién es pero la viuda lo mencionó (a lo mejor el rector sabría). En las siguientes fotos (marcadas con los números 4, 5, 6, 8, 10, 11 y 12 de las quince que había traído) sí estaba nuestro misterioso

personaje, junto al poeta, su viuda y personas de renombre, como Uslar Pietri, Alfredo Boulton, Jovito Villalba, entre otros. Hasta Vargas Llosa y García Márquez se codearon con el omnipresente desconocido. Iraida hace un comentario:

— Pero si ese señor se parece a ti, ¿no será tu papá? A la viuda pareció hacerle gracia la broma. Iraida tenía sus encantos. Lástima que se empeñara en seguir casada con aquel ingeniero alemán gordito y veinte años mayor. Y que yo también insistiera tanto con Luisa.

En el viaje de regreso estaba seguro de que Iraida era el amor de mi vida pasada, presente y futura. Quizás ella también lo pensó. Por espacio de varias semanas nos estuvimos viendo y frecuentando. Me acompañó a Caracas otra vez, cuando tuve que regresarle las fotos a la viuda. Ya habían escaneado todo el material seleccionado para la publicación (claro que hubiera sido más fácil y económico enviarlas por un servicio de encomiendas, pero entonces no tendría el mismo encanto mi trabajo).

Esta vez no pudimos hablar con la señora Moreno viuda de Rodríguez Cárdenas. Se encontraba un poco indispuesta de salud. Aunque, como sabía que iríamos, había dejado unos regalos: para Iraida una fotografía enmarcada y autografiada y para mí un ejemplar de los poemas del esposo, firmado por él con una dedicatoria genérica (obviamente no era para mí: habría sobrevivido varias décadas en alguna estantería o repisa). Tres

meses más tarde regresó el ingeniero alemán para llevarse a Iraida a Frankfurt, para siempre (un para siempre que ha durado hasta ahora).

La viuda quiso que la presentación de la iconografía se hiciera en la casona. Esta vez fuimos todos en comitiva: el rector, vicerrector, coordinador editorial. No pude llamar a nadie, ni a Luisa, porque hubiera sido un descaro. No quería que se supiera en qué invertía yo el dinero de la universidad (aunque yo siempre me iba a hoteles más baratos para que me alcanzara para todos los gastos). Después no me enviarían a más misiones como éstas.

Debo reconocer que el rector, como siempre, se lució en la presentación del libro. De todos los oradores que yo he escuchado en vivo, es el mejor, sin duda. Puede entretener él solo a un auditorium lleno de gente por más de dos horas sin que el ánimo decaiga. La viuda se mostró también encantadora y emocionada de que se recordara al poeta, aunque se notaba algo alicaída (creo que habían tenido que operarla). El coordinador editorial también habló de todo el proceso de diseño del libro y lo que significaba para el estado Yacuy, cuyo gentilicio había sido enaltecido bla bla. Todo muy lindo, muy bien: prensa, gente amiga de la viuda y del poeta, brindis. Durante el convite que siguió a la presentación del libro homenaje dedicado a la memoria del poeta Manuel Rodríguez Cárdenas, se tomaron fotografías y más fotografías. Yo permanecía tras bastidores, como

quien dice, hasta que el rector me llamó y me dijo, presentándome a la viuda, como si ésta no me conociera:

— Él es Victorino, el verdadero artífice de esta tarea.

La viuda dijo: Ah, ¿sí? Y no dio muestras de reconocerme. En ese momento se acercó un fotógrafo y, haciendo una seña de que nos compactáramos un poco, tomó esta foto que apareció el día después en el periódico, con la siguiente leyenda: “doctor Antonio Cándido Castellanos, Rector de la Universidad del Yaracuy; Ing. Pedro César Landaeta, vicerrector de la Universidad del Yaracuy; Yolanda Moreno, bailarina del pueblo, viuda del poeta Rodríguez Cárdenas; artista plástico Melantón Rodríguez, Coordinador de la Escuela de Diseño; profesor Pedro Pascual y Pascual, Coordinador Editorial”. A la izquierda estaba yo. Tal cual.

Manual de fotografía a oscuras

Aunque para algunos era algo tardío, por fin se daría un homenaje al Maestro. El Maestro, como todos ustedes seguramente saben, había sido miembro fundador de los dos principales movimientos de vanguardia artística en el país; y aunque yo diría que no había hecho nada demasiado novedoso ni escandaloso, ya fuera en la plástica o en las letras, su constancia casi parecía un sucedáneo del talento.

Sea como fuere, escucharle era conocer por dentro una parte importante de la historia reciente de nuestro acontecer artístico. Esa era la excusa, o explicación, que me había dado, para terminar de convencerme yo mismo de que debía asistir al Museo de Arte que está a cinco calles de mi casa. En realidad, los que me conocen saben que soy un misántropo en lo que vida literaria se refiere. Es más, prefiero no tener amigos escritores para no tener que leer cosas que me parecen detestables, inventar mentiras para explicar por qué no he leído los libros que me regalen los amigos o, peor aún, inventar falsos elogios para no herir la susceptibilidad de nadie. En fin.

Estoy en el Museo, en una de las salas de exposición que fue habilitada para ese día con motivo de la charla que daría el Maestro, porque sería él quien hablaría de sí mismo en ese homenaje. Cosa poco frecuente, la verdad, pero dado el pa-

norama actual del mundo del arte en el país, no era del todo extraña. Me explico: la mayoría de los *vacas sagradas* (de alguna manera hay que llamarlos) están peleados con la burocracia cultural oficial; y casi todas las actividades son generadas por entes gubernamentales (no hay mucha institución privada metida en esto). En consecuencia, no había una figura de renombre que hablara en el homenaje al Maestro; y dado el ego de éste, no permitió a algún escritor menor (alguien como yo, por ejemplo) hacerlo.

Yo siempre prefiero siempre sentarme en última fila, por si me quiero salir antes de tiempo (cosa que habitualmente hago). Aquí estoy, en una sala enorme que luce desolada; hay unas cien sillas, ocupadas por unas quince personas, que se han sentado muy dispersas (creo que en el fondo la mayoría de la gente en este submundo es un poco como yo).

Yo finjo ver los cuadros que están en las paredes, aunque no hay nada demasiado interesante: un rostro de payaso triste repetido en todos los cuadros con unas leves variaciones de gesto o de color. Cualquiera cosa con tal de no saludar al poeta del llano que parece un eterno candidato a alcalde de pueblo: saluda a diestra y siniestra, a todos llama *poeta*, te sujeta el codo mientras habla contigo y te dice poeta mil veces aunque seas pintor o periodista, te dice otro nombre aunque le hayas repetido mil veces el tuyo y sonrío con su rostro rubicundo y sonrosado, mostrando unos dientes

demasiado blancos, parejos y perfectos para ser reales, tratándose de un hombre de más de 65 años que fuma su buena caja al día.

Pero igual lo saludo:

— ¿Cómo está, poeta?

— Poetazo— me grita como si me quisiera un montón y me sacude todo el cuerpo con un brazo (parece haberse acostumbrado de joven a voltear vacas de un solo tirón).

La persona que anuncia, algo así como un animador o moderador, dice que ya vamos a comenzar. Me sacudo del abrazo del poeta, quien me invita a disfrutar de la conferencia a su lado. Invento una llamada telefónica que debo realizar antes y doy un paso en dirección a la puerta. El poeta va y se sienta en primera fila. Yo espero un poco y me vuelvo a mi puesto recóndito y miro al payaso repetido y maldigo a quien lo pintó.

El presentador comienza leyendo el largo currículum del Maestro (arrastra, horriblemente, las eres y erres), abultando innecesariamente con adjetivos y adverbios los méritos del homenajeado. Una persona que escribe en una sola línea cinco adjetivos y dos adverbios debe ser un genio como Góngora o un perfecto idiota, como éste que habla ahora.

El Maestro dormita complacido, mientras escucha los elogios. El Maestro anda algo mal de la vista (cerca de él uno advierte el iris blanquecino: cataratas); seguramente no advierte que la sala está casi vacía. Hoy ha caído un aguacero que co-

lapso el ya de por sí difícil tráfico de la ciudad. Además, a quién se le ocurre hacer esto un martes a las dos de la tarde.

El presentador se deshace en elogios y termina con una desatinada hipérbole llena de cacofonías: un inconmensurablemente merecidísimo homenaje al más entrañablemente maestro nuestro. La concurrencia aplaude. Los aplausos suenan multiplicados por el eco fantasmal de la sala vacía. El payaso parece haberse quedado dormido también. Yo pienso en qué estaría haciendo en ese momento de no haber asistido al homenaje; pero no se me ocurre nada, ni mejor ni peor. Mi vida no es nada interesante, y conste que estoy diciéndolo de manera eufemística. Ni siquiera una desgracia o un problema serio como para hacerse el interesante y/o tener sobre qué escribir.

El Maestro ha comenzado a hablar. Su voz es un hilo que apenas sobrepasa en dos decibeles el tenue murmullo producido por el deshumidificador que está en la sala. Alguien se lo hace saber al presentador: no se escucha. Es el poeta del llano, por supuesto, el que hace la observación. Entonces, le dicen al maestro que espere un poco. Le alcanzan un micrófono. Ahora se escucha más, pero se entiende menos.

El maestro ha continuado el discurso donde iba, sin preocuparse demasiado por lo que no se escuchó al inicio. De lo poco que alcanzo a entender o a prestar atención deduzco que se está autohalagando: asegura que no va a ser como los

otros que dicen que no se merecen el homenaje. “Yo considero que sí me lo merezco”. El poeta del llano celebra ruidosamente con una carcajada lo que piensa que es un chiste. El Maestro continúa sin inmutarse. Alguien sube el volumen al micrófono.

El Maestro dice que ha traído algunas imágenes de aquella célebre y ruidosa exposición, cuando se mofaron de la buena sociedad, sacándole la lengua, en el sentido figurado, a la respetable burguesía de la época. Ha traído un proyector con unas diapositivas, que son el único registro gráfico que se tiene de aquel significativo momento de la historia de la vida literaria y artística del país, donde él participó no solo como testigo de excepción sino también como protagonista, porque “como todos ustedes saben, no sólo estaba allí por la amistad entrañable que me unía con el Almirante, tal como quieren dar a entender las malas lenguas”.

El Maestro guarda silencio y mira hacia donde él cree que está el aparato. Eso es lo que yo deduzco, porque el Maestro dice un tembloroso *por favor, cuando gusten*, dando a entender que desea comenzar a hablar a partir de las imágenes que quiere compartir con nosotros. Uno de los técnicos le da un golpe con el codo en el costado al otro, que parecía dormir, y al instante éste se levanta y enciende el aparato que emite un zumbido como de moscardón. Alguien entorna las luces. Se proyecta un haz blanco sobre la pantalla al fondo de

la sala, a la izquierda del maestro. Se produce un sonido como de obturador de cámara fotográfica antigua y aparece la primera imagen:

Un grupo de hombres (diez, doce, quince, la fotografía no los enfocó bien a todos), algunos de pie, otros semiarrodillados, otros recostados, unos con boinas, otros con el saco al hombro, miran hacia la cámara y sonríen. No hay ninguna mujer. Al fondo se ven parcialmente las ramas de un samán (que se pierde en el ángulo superior derecho de la foto), a un lado (izquierdo desde el punto de vista del espectador) hay una pared, que se infiere es blanca, a pesar de que la foto es más bien sepia: todos los colores están desvaídos y lo que alguna vez fue rojo se ve como un pálido amarillo, lo que era verde ahora es azul y lo que era amarillo, blanco. Parece que fuera en un pueblo lejano, en el estado donde nació el poeta del llano; pero no, la fotografía fue tomada en la capital más o menos cuando el Maestro era joven, unos sesenta años atrás.

El Maestro habla de la fotografía, de lo que él ve en ella: “bueno, allí estábamos todos. En ese momento veníamos de hacer una de nuestras travesuras, seguramente. La foto la tomó el Croata, que era como nuestro mentor espiritual en ese entonces, pues fue él quien nos trajo las ideas de Europa, porque ustedes saben que en esa época no estaba llegando nada de literatura a nuestro país por culpa de la dictadura y del bloqueo. Por eso él es el único que no sale en la foto.”

A un lado del proyector los dos técnicos hablan en voz muy baja. Al ver que el Maestro está en silencio, deciden hacer girar el carrete del aparato, para avanzar a la siguiente imagen. Suena otra vez el obturador de cámara antigua. Por un segundo queda la pantalla en blanco, pero luego vuelve a aparecer la misma imagen. No sé qué ha pasado; creo que los técnicos tampoco. Quiero decir, no sé si es que la imagen se ha trabado o es que ha habido alguna confusión en quien dispuso las diapositivas y la segunda imagen es la misma que la primera.

El Maestro retoma el hilo: “allí está, en esa foto, como ustedes bien puede observar, el Almirante, de joven por supuesto”. El Maestro hace silencio para esperar el efecto de su chiste. Nadie ríe, ni siquiera el poeta del llano. Prosigue. “El Almirante es ése de boina (hay varios de boina) que tiene la mano puesta en el rostro a manera de visera (hay varios haciendo eso) y anda en mangas de camisa (todos andan en mangas de camisa), de blanco (por el color, o la falta de color, en la fotografía, todas las camisas se ven blancas)”. El Maestro calla un momento y luego ríe, con una risa tan apagada como su voz. “El almirante era terrible, terrible...”

El Maestro se queda otra vez ensimismado, como buscando algo perdido a lo largo de tantos años. Los técnicos parecen haber encontrado la falla. Vuelven a hacer avanzar el carrete, o a tratar. Resultado: otra vez la misma imagen. Sólo hay dos opciones: el aparato se ha descompuesto o

el Maestro se ha vuelto loco y trajo una sola diapositiva. Para mí no hay dudas de lo segundo. El presentador hace muchas señas, como preguntando qué sucede. Uno de los técnicos se encoge de hombros. El otro observa el aparato por todos lados: mira arriba, mira hasta por debajo de la mesa como si se le hubiera caído algo. El primer técnico vuelve a pulsar el botón del aparato: se mueve el carrete, pantalla en blanco, otra vez la fotografía de grupo.

Entre tanto, el Maestro parece haber despertado al sonido del aparato. Mira la pantalla y dice, apuntando vagamente hacia la pared que se ve al fondo de la imagen: “allí, en esa casa, porque estábamos afuera de la casa de Malaguilla, ese otro gran maestro que tuvimos en el grupo, fue donde comenzó todo. Toda la vanguardia de Venezuela, yo diría que todo el arte que se hace hoy día, salió de esas reuniones que hacíamos en el largo corredor de esa casa, tan fresca en verano como en invierno.”

El presentador se ha levantado. Se acerca a la mesa donde está el aparato. Se nota que además de presentador es coordinador o jefe de algo. Los técnicos y el presentador parecen discutir: no se escuchan sus voces, pero los gestos son enérgicos. El Maestro habla ahora muy quedamente. Algunas personas comienzan a incomodarse. Alguien llega a gritar que no se escucha. El Maestro no se inmuta. Aunque a mí me parece que se ha callado, no estoy seguro. O ha muerto, quién sabe.

El presentador señala en el pecho a uno de los técnicos. El técnico señala con el dedo el aparato. Toca sin querer el botón, se mueve el carrete. Pantalla en blanco. Otra vez la bendita foto. El Maestro voltea y vuelta a hablar. Esta vez su mirada parece que se enfoca en el árbol, al fondo de la foto.

— Ese samán... cuánta sombra nos daba durante las tardes, porque muchas reuniones las celebramos en las tardes. Aunque no era raro que se prolongara hasta altas horas de la noche. No es de extrañar, entonces, que en mi poesía, en la del mismo Chucho, así como otros miembros del grupo, aparezcan tantas alusiones a un árbol... Era otra Caracas, más verde...

El Maestro deja ir otra vez la mirada. Dos personas salen de la sala. Ya somos menos. Yo quiero irme. Pero temo que en el momento justo de levantarme alguien volteé, por ejemplo el poeta del llano, y me vea. Soy terriblemente tímido con respecto a estas cosas. Miro en derredor, para esperar mi ocasión. Noto que los técnicos se alejan del aparato y se queda sólo el presentador. Pero éste no tarda en impacientarse y entonces golpea varias veces seguidas el botón del aparato. Se suceden los momentos en blanco de la pantalla con la sempiterna fotografía. Cada vez que ve aparecer la foto, el Maestro parece cobrar vida y dice algo, apenas entendible. Pero cuando se va la imagen, calla, como si no pudiera sin la ayuda de aquella foto tan gastada por los años como sus propios pensamientos.

Al final ya sólo quedamos en la sala el Maestro, el presentador, el poeta del llano y yo. El Maestro habla para sí mismo. El presentador golpea el proyector de diapositivas. El poeta del llano asiente. Yo sudo. Creo que los técnicos al irse apagaron el aire acondicionado. De todos, por quienes siento más lástima es por el presentador y por mí mismo. A fin de cuentas, el poeta parece estar disfrutando y el Maestro no se entera de lo que pasa.

No sé si admirar la capacidad del Maestro de ver tantas cosas en la misma imagen. Pero tengo miedo de no saber a qué hora pueda callarse y terminar esta pesadilla. Sí, de seguro debo estar soñando, me digo. El presentador quizás piensa lo mismo: deja caer su cabeza, que golpea el aparato. Al instante comienza a rodar, lenta pero sostenida y continuamente, el carrete y aparecen en pantalla las imágenes que hasta los momentos habían sido una incógnita: diversos cuadros, fotos de exposiciones, recortes de prensa de la época, fotos de los pintores junto a sus cuadros o simplemente retratos de los pintores, entre otras. El Maestro se aclara la garganta y dice, con una voz sorprendentemente clara:

— Bueno, yo creo que ahora sí podemos comenzar. Noto que el presentador ha comenzado a llorar. Yo también.

PARTE III. MÁQUINA DE ESCRIBIR POR DENTRO

Síndrome del gato paracaidista

Lunes. La ilustre y eterna Reina de Corazones lee su correo: nada que le informan sobre lo que tanto espera. Entonces también revisa en la página oficial del ministerio, en buscadores. Todavía no se da la noticia: no se sabe quién es este año el Premio Nacional de Literatura. Se suponía que la primera reunión del cónclave fue el lunes pasado; y la segunda el miércoles. Más un día para informar al Ministro, ya el jueves deberían haber llamado a la persona interesada (que estaba segura de ser ella). Y el viernes se haría público a través de la prensa, la página web del Ministerio, el canal del Estado. Pero pasó el viernes y nada. Ya el sábado era difícil que dieran una noticia de este tipo. La Reina de Corazones sabe que si se entera por otra vía que no sea la llamada oficial del Ministro, no sería ella la elegida. Sin embargo, busca en varias páginas: no se ha encontrado ningún resultado para “premio nacional de literatura” en las últimas 24 horas. Prueba a buscar resultados de premio nacional de literatura (sin comillas). La Reina de Corazones ignora la sugerencia, pues la última vez que hizo esa búsqueda fue a las 9 de la mañana de hoy.

Martes. Es difícil tratar de no pensar en eso, tratar de distraerse en otra cosa. La Reina de Corazones no tiene mucho que hacer, salvo esperar su premio. La Reina de Corazones es profesora

jubilada. Ya no escribe mucho. Pero piensa que ya escribió lo que debía. Los hijos están grandes. Una es cineasta. Vive en Caracas. El hijo es fotógrafo. Está en Buenos Aires desde hace 8 años. No lo ha visto desde hace dos. La Reina de Corazones tiene tres gatos: Ulises (por Joyce), Virginia (por Woolf) y Horacio (por ninguna razón, al menos ninguna razón literaria). Algunos amigos suyos vienen los sábados e improvisan una tertulia. Pero hoy es martes. Y tampoco quisiera verlos antes de que anuncien lo del premio, para que no hagan ningún comentario que pueda atraer la mala suerte (algo así como “ése premio seguro es para ti”). Tampoco quisiera verlos después si es que... No le gustaría que la compadecieran.

Miércoles. La Reina de Corazones ha decidido llevar hoy a Virginia al veterinario. Es un veterinario distinto. No se ocupa sólo de enfermedades sino de trastornos de conducta. Virginia tiene algo anómalo en su comportamiento. Se ha lanzado dos veces desde el balcón. A causa de ello, la Reina de Corazones ya no puede abrir ni las ventanas ni las puertas corredizas que dan al pequeño balcón de su apartamento lleno de libros y cuadros de pintores ingenuos que venden sus cuadros a personas más ingenuas. El olor no es muy agradable, por más que los gatos saben usar sus cajas de arena. Pero Virginia se ha fracturado las patas delanteras en esas caídas. Sus patas delanteras han quedado reducidas a unos muñones, donde las garras están como dobladas hacia dentro, como si fueran un

puño. Se aclara que la Reina de Corazones vive en un tercer piso. El veterinario dice que Virginia tiene lo que se llama el síndrome del gato paracaidista: no todos los gatos, le explicó, tienen tan buen sentido de la orientación ni de la distancia, ni de la altura. Algunas veces saltan sin saber dónde está el piso. No todos los gatos caen de pie. Según su teoría, al parecer a algunos hasta les resulta sumamente placentera la sensación de estar suspendidos en el aire. La única recomendación que puede hacerle es que no la deje salir y le preste siempre atención y le brinde mucho cariño. Pero lo que a la Reina de Corazones más le preocupa es que puedan haberla llamado a su apartamento, por lo del premio, mientras estaba con el veterinario. Claro que ella tiene su teléfono celular, pero nunca se sabe. Cuando llega, chequea los mensajes en la contestadora. No hay mensajes en la contestadora. Vuelta a revisar páginas de Internet: en la del Ministerio, en buscadores... No se ha encontrado ningún resultado para “premio nacional de literatura” en las últimas 24 horas. Pruebe a buscar resultados de premio nacional de literatura (sin comillas).

Jueves. La Reina de Corazones ha trabajado bastante por ese premio. Sabe que no sólo es cuestión de méritos literarios. Hay que hacer relaciones públicas. Ocuparse de quedar bien, hacer las cosas que hagan ver que ella está de este lado, que es del bando que es. Ha dictado muchos talleres ad honorem, sin cobrar nada o sin cobrar lo que correspondería a una escritora de su talla

y renombre. Sólo se ha conformado con que le paguen el traslado, la comida y el alojamiento en hoteles que estén a la altura de su prestigio. Ella sabe que sólo van quedando dos candidatos posibles y que el otro candidato es más detestable que ella (aunque ella cree que es adorable y que todo el mundo la admira, respeta y los que no, le temen porque la envidian, simplemente). El año pasado eran ellos dos los favoritos. Pero repentinamente uno de los miembros del jurado renunció, de una manera muy desinteresada, para que le pudieran dar el premio a él. De jurado pasó a premiado por los mismos con quienes compartía la responsabilidad de tomar la decisión. Mejor premiado que jurado, diría él. De modo que la Reina de Corazones y el poeta detestable se quedaron contristados y contrariados. Pero este año no creía que pudiera haber alguna sorpresa de ese tipo. Al parecer este año la cosa era segura. Ella tenía algunos espías en Caracas que le contaban las cosas: las intrigas de los jurados, las cosas que dicen en sus deliberaciones; siempre se escapa algún detalle, siempre se lo cuentan a alguien que conoce a alguien que conoce a la Reina. La Reina se sabe muy querida. Lo que le preocupa es por qué están esperando tanto para anunciarlo si ya todos lo saben. Acaso esperan alguna fecha propicia, que coincida con una celebración, para hacer el anuncio y que el acto solemne de conferimiento del premio Nacional de Literatura quede enmarcado adecuadamente, para darle realce

tanto al premio, como a la autora, o a la fecha que se celebre. Pero hasta donde recuerda no hay fechas importantes en agosto, piensa la Reina de Corazones mientras sorbe una infusión desabrida e insípida, que es lo único que se permite después del último diagnóstico médico. Hay unas botellas de vino, pero si abre una sólo será para celebrar con sus acólitos el sábado que vendrán a decirle una vez más que ella es la Reina de Corazones. O para matar el despecho. Quién sabe.

Viernes. Está que no aguanta los nervios. Hoy es viernes. Viernes otra vez y nadie ha llamado. Ha decidido ponerse a limpiar, para tener algo que hacer. Los libros acumulan siempre polvo. Los objetos de arte. Esas tallas de madera de los artistas ingenuos. La mayoría de esas tallas son distintas visiones del rostro del libertador: unos rostros alargados, otros con facciones negroides, otros son una cabeza desproporcionada con un cuerpo minúsculo; en una de estas tallas el Libertador monta un caballo de juguete con sus rueditas y todo. Esa cree que la compro en Canoabo o Canoabito, a un maestro artesano de allá que dejó toda una escuela de talla de madera. Pero no recuerda el nombre del artesano. Su hermana, que también fue Ministra, le regaló un cuadro de Carvallo, uno multicolor donde aparecen muchos niños volando papagayos. El nombre del tallador de madera era como de mujer pero masculinizado, algo así como Susano. La Reina de Corazones abre un poco una ventana de la cocina. Es una ventana pequeña, un poco

alta. Espera que Virginia no se vaya a salir por allí. Suena el teléfono. La Reina de Corazones tiene un sobresalto. El teléfono suena una segunda y hasta una tercera vez antes de decidirse a atenderlo. Casi tiembla cuando dice aló. Una voz femenina y familiar la saluda por su nombre de pila. Es su amiga Lina. De seguro la llama sólo para decirle un chisme de la vida literaria de la ciudad, o para contarle algún rumor sobre el premio, pero nada que sea cierto. Sin embargo, Lina le dice: “imagino que ya sabes la noticia”. La Reina de Corazones se sorprende: “no, ¿cuál noticia?” Lina responde: “lo del premio... si no lo sabes, prefiero no ser yo quien te lo diga”. La Reina de Corazones se muestra de acuerdo. Cuelga el teléfono. Camina con temor y recelo hacia la computadora. Abre un buscador. Ahora sí aparece un resultado para la búsqueda: “premio nacional de literatura” en las últimas 24 horas. Yo soy el ganador del Premio Nacional de Literatura este año. No puede ser, piensa la Reina de Corazones, ya que yo soy muy joven. No puede ser, se dice otra vez, creyendo que yo soy como un discípulo suyo; aunque jamás asisto a sus reuniones de acólitos, y ella sólo una vez me otorgo un premio en un concurso de cuento del cual era jurado (en realidad ella votó por otra persona, pero me hizo creer que no fue así; yo igual gané y no le presté mucha atención). Todo se le viene abajo a la Reina de Corazones. No sabe en qué pensar ni qué decir. Ni siquiera piensa en llamarme para felicitarme. Después de todo somos de la misma ciudad y

nos conocemos; alguna vez hemos coincidido en eventos. Y yo fui novio de su amiga Lina, que sí es una discípula de su círculo (aunque yo terminé con ella precisamente por eso). De pronto la Reina de Corazones sale de su anonadamiento y recuerda que dejó una ventana abierta. “Virginia”, grita desde la sala hasta la cocina. Virginia, en efecto, está en la ventana. Cuando la Reina de Corazones se acerca, la gata la mira como con desdén y camina por un borde muy estrecho. Llega hasta un vértice del edificio y se queda viendo la distancia con ojos de ensoñación. A través de la ventanuca, muy alta para su metro cincuenta de estatura, la Reina de Corazones apenas puede ver a la gata. Busca una pequeña escalera de dos peldaños, la misma que usa para alcanzar los libros que están en los entrepaños más altos de su biblioteca. Asoma la cabeza por el hueco de la ventana. Allí está la gata, a unos tres metros, ronroneando de lo más tranquila. La ventana es muy estrecha para salir por allí; además, de poder salir, no tendría cómo caminar. El borde o filo por donde caminó la gata tiene unos diez o doce centímetros, es apenas un saliente. Por un instante la Reina de Corazones olvida todo lo del premio. Sin embargo, un destello repentino llega a su pensamiento. Recuerda cuál es el nombre del tallador de madera: Viviano, murmura para sí, mientras ve que la gata va cayendo, casi como si flotara, al estacionamiento.

Tarde de perros

Esa tarde Rivas accedió a acompañar a su amigo Gerónimo a ver las peleas de perros. En parte por complacer al amigo, que tantas veces lo había invitado, en parte por tener algo sobre qué escribir, porque últimamente no le llegaban las ideas. Debo decir la verdad: Rivas tenía buenas ideas, pero no se animaba a escribirlas; tenía como una concepción muy clasicista de la literatura y las buenas ideas me las contaba a mí, que terminaba escribiéndolas, y él seguía buscando algo más afín a los ideales griegos o renacentistas, desechando lo que consideraba argumentos indignos de un escritor que aspira a la inmortalidad. Pero la realidad demostraba que o no eran tan indignas o yo escribía mucho mejor, porque yo publicaba los libros y obtenía los premios y los halagos.

El lugar donde se realizaban las peleas de perro era clandestino, hoy día está cerrado. Quedaba en la zona de la Esmeralda, es decir, del lado de San Diego, donde ahora hay una urbanización en la que vivimos mi esposa y yo. El sitio está disimulado entre el monte, resguardado por una pequeña loma. Todavía se puede ver su estructura azul despintada y oxidada desde el piso donde vivo. Y si uno llega al final de la avenida principal de la urbanización y se mete por un camino de tierra que apenas se nota entre la maleza que rodea toda el terreno sin construir de la urbanización,

verá cómo es, de cerca y por dentro.

El sitio en sí parece una cúpula o, más bien, un enorme tanque de agua; de hecho, huele mucho a humedad y unas gruesas tuberías, como de ocho pulgadas de diámetro, surcan el techo en distintas direcciones, cruzándose en algunas puntos donde hay unas llaves que parece que sólo las pudiera abrir la mano de King Kong. Tenía el sitio (aún tiene) una fosa o desnivel, algo parecido a una piscina seca, de un metro y medio de profundidad, y cerca de cuatro metros y medio de ancho por siete de largo. Ésa es la *arena*. Ahí metían a los perros que iban a pelear, de modo que los hombres, dueños de perro, apostadores, espectadores simples o escritores sin ideas, podían ver el espectáculo desde arriba.

Gerónimo, durante todo el camino, desde su casa en la Esmeralda, incluso estando ya en el sitio, iba explicando a Rivas todo lo que hay que saber sobre las peleas de perro. Las peleas de perros son más antiguas de lo que uno cree. Han ocurrido desde la antigüedad. En el Coliseo romano durante el Imperio se organizaban unas luchas feroces, con cientos de animales. A menudo había no sólo perros, sino toros y osos. Claro, a los otros animales les quitaban sus armas, ya fueran garras o cuernos, y a los perros los protegían con armaduras, cosas así.

Durante cientos de años hubo peleas. Con el tiempo, se han ido buscando y seleccionando las mejores razas, haciendo cruces, inclusive. Así

han aparecido nuevas razas, con más capacidades para la lucha, más feroces, difíciles de manejar a veces para las personas; como sucede con el pit-bull. Las razas puras como los bull terrier siempre han sido usadas como perros para la lucha, así como otras razas, incluyendo el Bulldog. Pero las peleas de perros son ilegales en la mayoría de los países. A la gente no la meten presa, pero sí cierran los sitios, decomisan los perros.

— ¿Has visto la película *Amores perros*?

Rivas dice que no.

— Bueno, esa es sobre el tema de las peleas de perro.

Rivas anota: ver película *Amores perros*.

— Es mexicana. Yo la vi, es buena— complementa Gerónimo.

Caminan un rato en silencio y luego Gerónimo vuelve sobre el tema. A la gente no le gusta eso, pero a otros sí. Yo lo veo más como un deporte. La pelea no se termina cuando el perro se muere; quiero decir, no es hasta que eso pase. Hay reglas, sabes. No somos tan salvajes. A veces un perro se rinde y reconoce que el otro gana y se deja montar la pata. En realidad la gente lo que quiere es ver un espectáculo, ¿entiendes? Nadie quiere que se le muera el perro, o matar al otro. A mí no me gustaría que se me muriera un perro.

— ¿Tú tienes perro?— pregunta Rivas.

— ¿De pelea? No, vale. No tengo. En mi casa hay es un perro ahí, que es de mi hermana, un perro, un poodle, de esos...

Rivas anota. Gerónimo se amosca.

— Pero no vayas a escribir esa vaina.

Rivas tacha lo último que escribió.

Por fin llegan al sitio. Hay un ruido ensordecedor; hay calor sofocante, humedad, todo multiplicado por lo cerrado del lugar. Gerónimo saluda a mucha gente, se ve que es conocido en este medio. A todos los saluda igual: chocan las manos, trenzan los brazos, tocan codo con codo, se empujan un poco como con el pecho y con la mano libre se tocan en el hombro. “Debe ser un saludo típico de personas que *pelean* perros”, piensa Rivas y toma nota.

Está por empezar un combate. En la *arena* hay un hombre, tiene sujeta por la cadena a una perra, es pitbull. La perra está sentada sobre sus cuartos traseros; tiene manchas marrón oscuro sobre su pelo blanco. Una mancha le cubre parcialmente un ojo. Las orejas han sido recortadas (Rivas toma nota de ese detalle: debe ser una ventaja comparativa en combate). Tiene la enorme lengua muy afuera. Del otro lado viene entrando un hombre. Trae un mastín, negro, muy grande. Pero el mastín luce como cansado, avejentado. Tiene los ojos enrojecidos y en lo que serían los codos, si es que los perros tienen codo, se le ven como unas costras gruesas, reseca, o como un endurecimiento de la piel o del pelaje. Ambos perros carecen de la respectiva prolongación de la médula espinal, son chutos.

Hay un repentino silencio. Un anunciador habla a voz en cuello, desde el centro de lo que sería la tribuna.

— Bueno, buenas tardes, damas y caballeros. Hoy tenemos un día especial. Un combate esperado. Por fin se pudo llegar a un acuerdo para ver la pelea entre Pluto y Dolly.

Rivas anota: se llama Dolly, seguramente le pusieron así por la oveja clonada. En ese momento Dolly larga un bostezo y sigue mirando hacia los lados, como si observara atentamente todo: al público, a su dueño. En cambio, Pluto está igualmente sentado, pero no mira a nadie; mira hacia el piso, ve pasar una mosca y la sigue por unos instantes con la vista, moviendo la cabeza.

El anunciador ha terminado de hablar. Gerónimo comenta, animado:

— La vaina va a estar buena. Esa perra es arrecha. Las hembras son agresivas.

Los dueños sueltan la trailla a los perros y corren a resguardarse. Las personas del público los ayudan a subir a las gradas, dándoles la mano, ya que el foso tiene cierta profundidad y hay, de paso, una reja baja. Rivas cuenta y anota: 45 hombres, 6 mujeres, dos perros.

Los perros no se mueven, por ahora no parecen interesados en el combate. Entran varios hombres. Los espectadores, todos, voltean a ver, seguramente preocupados. Luego atienden otra vez a la arena. El dueño de Dolly se ha puesto de pie, le grita algo a su mascota. El dueño de Pluto lo empuja un poco con una vara larga. Pluto se levanta. Se muerde cerca de donde comienza la cola: pulgas. En ese momento Dolly advierte el

movimiento y se levanta. La multitud ruge. Por fin va a comenzar el combate.

Dolly corre hacia Pluto. Pluto se levanta. Dolly se detiene al lado de Pluto. Están uno junto a la otra. La cabeza de cada uno a la mitad del cuerpo del rival. Pluto es el primero en intentar morder. Pero Dolly se aleja. Ambos quedan con los dientes pelados, gruñendo ferozmente. Pluto trata de morder otra vez a Dolly, pero busca hacia sus patas. El dueño de Dolly se indigna:

— Ese perro es un patero.

Al parecer ésa no es una técnica muy depurada de lucha. Rivas anota. El dueño de Pluto no se inmuta; está tranquilo, sentado, relajado.

Entre tanto, en la arena, Dolly mira a su contrincente de lado, como disimuladamente. Menea el cabo de cola que tiene. El mastín está sentado, también acecha. Por fin Dolly se decide a atacar; le lanza a morder hacia la parte final del lomo a Pluto. Pluto voltea y se abalanza. Dolly cae al piso, revolcada, con las patas hacia arriba. Pluto busca morder en las partes más vulnerables. La perra se agita y como puede también lanza dentelladas que pasan rozando las orejas del mastín, que esquivo encogiendo un poco el cuello, como si fuera un boxeador.

Ahora el dueño de Pluto sí se ha puesto de pie. Los ojos le brillan. Se aferra a la reja y se pone en puntas de pie para apreciar mejor. A un lado de Rivas, Gerónimo casi babea de la emoción. En ese momento Dolly se sale de entre las patas de Pluto y por fin

se levanta. Los dos rivales se miran nuevamente, acechantes. Algunas personas vuelven a sentarse. El dueño de Pluto grita: no joda. Su perro voltea por un instante hacia su amo. Ese descuido lo aprovecha Dolly y se impulsa con sus patas traseras, como si fueran un resorte. Ha conseguido aprisionar al mastín por la parte posterior del cuello. El público vuelve a rugir, parecen estar próximos al paroxismo. El dueño de Pluto tiene un nudo en la garganta.

Entre tanto, Rivas escribe y escribe, tratando de capturar la emoción del momento. Deja de ver por unos instantes la pelea, porque se ha sentado para escribir mejor, añadir detalles que teme pueda olvidar después. Se levanta y mira hacia la *arena*. Los perros siguen en la misma posición. La pitbull sigue teniendo al mastín sujeto por el cuello. No se mueven. Lo único que se nota es la respiración agitada de ambos animales. El público grita aún, pero no tan fuerte.

Pasa un minuto: siguen en la misma posición. El mastín se orina un poco.

Pasa otro minuto. Rivas no aguanta el calor y la humedad.

Pasa otro minuto. El mastín no se suelta, ni hace el intento siquiera. La perra no presiona más con la mordida. Acaso porque el cuello del mastín es muy grueso, o porque el macho es más alto, o porque teme que al tratar de morder más afloje un poco y el otro se zafe.

Al quinto minuto en la misma tensión Rivas no aguanta y suelta un grito:

— Pero, mávalo.

El sitio estaba un poco más callado, porque la gente también había decaído en el entusiasmo, de modo que la voz de Rivas resuena en todo el recinto. Una mujer ahoga un grito. Todos voltean a ver a Rivas. Los dueños de los perros lo miran con odio. Hasta los animales parecen haberse distraído con el grito. La pitbull ha soltado por fin a su presa. El mastín se ha echado. Dos puntos de sangre brillan en su lomo.

Se escucha un murmullo bronco, hostil, que viene del grupo más lejano a donde están Rivas y Gerónimo. Alguien dice “bruto”; otro replica: “es un animal”. Varios se levantan y se van acercando, diciendo cosas como: “¿a ti quién te dejó entrar?” Gerónimo también se levanta y trata de defender a Rivas: “él no sabe, él no sabe”. El anunciador también interviene, levantando mucho la voz: bueno, bueno, vamos a tratar de calmarnos para seguir con el espectáculo. La gente le hace caso. Se dan la vuelta y vuelven a sus lugares, sin dejar de murmurar, manifestando su desprecio hacia Rivas.

El anunciador hace una señal a Gerónimo, como si asintiera. Gerónimo interpreta la señal y, tocando por un hombro a Rivas, le dice: vámonos. Rivas se levanta. Las piernas le tiemblan un poco. Por un momento temió que quisieran lincharlo allí mismo. Mientras salen la gente los siguen con la mirada, en un silencio hosco. Los perros permanecen en la arena, ahora tranquilos, indiferentes a todo. No parecen demasiado interesados en seguir la lucha.

Ya afuera del sitio, Rivas respira por fin tranquilo, sintiéndose menos asustado y menos sofocado.

— El calor allí dentro es una locura— comenta, por tratar de buscarle conversación a su amigo, que va a su lado, enfurruñado.

— ¿Tú eres loco?— es lo que le responde Gerónimo. Qué pena la que me hiciste pasar. ¿Cómo se te ocurre gritar esa vaina?

Rivas no sabe qué responder y no responde. Siguen caminando hasta que salen a la avenida donde Gerónimo le indica:

— Ahí puedes agarrar un autobús pa tu casa.

Ni siquiera le da la mano. Gerónimo se va también para la suya. Lamenta no haber podido terminar de ver su pelea tranquilo por culpa de Rivas, pero ya no se siente de ánimos y le daría vergüenza con todos sus amigos volver al sitio.

Rivas se queda en la parada, esperando el autobús. Se acerca una chica. Viene paseando un lindo perrito. Es un husky siberiano. La linda chica se detiene. Él intenta acariciar al perro y el perro intenta morderlo. Rivas se asusta y la chica se molesta y se aleja. Hoy no es su día. Bota la libreta de notas en una papelera y se dice que la próxima vez va a escribir sobre otra cosa.

— No sé. Tal vez le pregunté a mi tía cómo es que es eso de la meditación trascendental y la gnosis. A lo mejor en una conferencia de ésas sobre viajes astrales la gente no se pone tan histérica por lo que uno diga.

Tostadas de chencho

El Perecito quedaba ahí donde tú ves, donde te estoy señalando. No, allá, una esquina antes del Profesional Avenida Bolívar. Ahí en la esquina hay otro negocio, una arepera nueva. Aunque no se puede decir que el Perecito haya sido una arepera: allí lo único que uno podía comerse era unas tostadas de chencho (arepas recalentadas del día anterior, con pernil, cuajada y tomate) y tomarse unas cervezas o, en mi caso, una *green spot*. El nombre de tal manjar se debía, según me dijeron, a su inventor, a quien apodaban Chencho, por su parecido con un chancho. De modo que decir tostadas de Chencho era aludir tanto a quien las inventó como a su relleno.

Además de ese exótico plato, si se puede llamar así, el Perecito era célebre por ser, según, el sitio de la bohemia valenciana. Entiéndase por bohemia pintores y escritores alcohólicos, que pintaban o escribían cuando no estaban bebiendo. Y allí estaban todos aquella inolvidable noche de verano, cuando se estaba celebrando un velorio por anticipado. Días antes había llegado la orden de desocupación definitiva. Se hacía entonces realidad lo que hasta hace un año era una amenaza que se acercaba lenta pero inexorablemente, tan lento como las maquinarias que venían avanzando desde la torre Banavén, en el proceso de ampliación de la avenida Bolívar.

Los trabajos se habían hecho muy lentamente, puesto que siempre pasaba algo: descubrían una tubería que nadie sabía que estaba allí; caían esos aguaceros torrenciales, repentinos, sin aviso, en una mañana que había amanecido despejada y no anunciaba lluvia, dejando entonces todo perdido el vaciado de concreto recién echado; o lo que era más común, se encogía el presupuesto (o alguien se lo cogía, que es casi lo mismo). De modo que la fecha de cierre del Perecito se tornaba incierta y la amenaza no pasaba de ser sólo eso.

Exactamente 54 años antes, un trujillano, “Perecito”, había traído la modernidad en forma de rockola a la que en un tiempo se llamara avenida de Camoruco de Valencia. En un principio, el *Dancing café* (que así se llamó originalmente el sitio) fue algo como una fuente de soda: se servían helados, sándwiches, pizzas y helados. Después la cerveza fue ganando cada vez más espacio y el menú reduciéndose, hasta limitarse a las arepas de Chencho. Y la clientela varió: ya no era tan familiar como al inicio. En una de sus mesas se sentó una vez Raúl Leoni. Pero “Perecito” había fallecido ya. Y su lugar lo ocupaba ahora el hijo, tan bebedor como el padre, pero sin su simpatía y cultura.

Esa noche del velorio, la última que abrió el Perecito, había una sola mesa en el local, porque todos arrimaron la suya, con la respectiva silla, al centro y se formó un corro único. Allí estaban: el poeta Burgos, que se puede decir que presidía,

dados sus años (según la historia oficial, Burgos entró estuvo en el Perecito el día de su inauguración); un poeta conocido como el Famélico, vecino de San Blas viejo; el viejo Luis Augusto Machado, que falleció también ese mismo año; nuestro poeta del llano, que no faltaba a ninguna reunión, ya sea que estuviera invitado o no; Rivas y yo, por el lado de los escritores; y por el lado de los pintores: Rosas, Quintín, Cristóbal, Arsenio; más algunos músicos y otros que de verdad yo no conocía ni conozco, que no se sabía si eran artistas o borrachos comunes. En total eran más de veinte, cerca de treinta personas, incluyendo el único mesonero que sobrevivía y el cocinero, pues el día antes se había terminado de ir el resto del personal.

Ya sobre la mesa no cabía una botella de cerveza al frente de la mayoría de los bebedores. Era costumbre en ese lugar, o en ese tiempo, cada vez que uno se tomaba la cerveza, dejar la botella vacía en la mesa, para no perder la cuenta y no tener malos entendidos a la hora de pagar, porque ya eso había sucedido en más de una ocasión. En ese momento Burgos regresaba del baño. Le había costado bastante trabajo levantarse y tardó mucho tiempo en ir y volver. No hace falta decir que era el que tenía más botellas vacías al frente. Se sentó, pidió otra y dijo:

— Chico, estaba pensando en escribir una vaina... Se hizo un silencio y todos escucharon atentamente a Burgos, quien se lanzó a hacer una des-

cripción de no sé qué lugar (yo no alcancé a entender bien, pero supongo que se refería a algún sitio cerca de su Guanare natal). A su lenguaje, de por sí rebuscado, se añadía la emoción del momento (recuérdese que estábamos en un velorio anticipado) y las cervezas, de modo que el resultado era tan empalagoso como una escena de amor descrita por un mal discípulo de Jorge Isaacs; la cosa sonaba más o menos así de cacofónica:

— El cielo tenía pálidos tintes azules violáceos con nubes interminablemente curvilíneas que bogaban esparciendo su pro genie hacia un inmarcesible poniente donde las deslucidas lomas en medio de su verde luctuoso buscaban entre los serones una trenza de albardín color ciclamen...

Quintín escuchaba de brazos cruzados, entornando los ojos como con cierto escepticismo (o tal vez sólo fuera el sueño que produce haberse tomado más de una caja de cervezas). De pronto, en medio de uno de los hemistiquios del poeta, Quintín soltó esta provocación:

— Yo te pinto esa vaina.

Todos los poetas y pseudopoetas de la mesa voltearon a mirarlo, incluido el propio Burgos quien le ripostó una declaración de guerra:

— Tú a mí no me vas a pintar un coño.

Burgos se levantó, tambaleante. Quintín también se puso de pie. Trataron de detenerlo pero sus compañeros estaban más borrachos que él. Se pueden imaginar la que se armó: poetas contra pintores, escritores contra músicos, botellas

contra platos donde todavía quedaban restos de arepa. Volaban las sillas y los envases donde estaba la guasacaca y el suero picante. Un pandemónium. Santos chenchos voladores, habría dicho Batman de haber asomado su nariz por allí, aún a riesgo de perderla.

Tuvo que intervenir la policía para detener la tán-gana. Se contabilizaron tres narices rotas, cinco ojos morados, dos sillas faltantes que salieron volando hacia la destrozada acera de la avenida por encima de la pared del local y un pedazo grande de pernil (como medio kilo) que alguien *pellizcó* en un descuido del cocinero, que también se había metido en la refriega.

Yo a veces creo que todo pudo haber sido un ardid, porque nadie pagó la cuenta esa noche, para colmo. El Perecito quedó hecho un desastre. Pero ya no haría falta recoger los platos rotos: justo dos días después, a las siete de la mañana, de manera muy puntual, las máquinas demolieron todo. Hasta donde se sabe, Burgos nunca escribió su texto ni Quintín *se* lo pintó.

PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA RAYA

Laurena y yo

San Felipe corona un valle que cómodamente podría albergar una ciudad de 15 millones de personas; pero, a lo sumo habrá 200 mil sanfelipeños en la pequeña urbe y sus alrededores. Llegué a esta ciudad hace unos tres años, para aceptar una oferta de trabajo en una universidad igualmente pequeña y joven.

Durante el primer año mis preocupaciones se limitaron a cosas como el calor: descubrí que eso de lo que me quejaba en Valencia era después de todo una bendición. Otra cosa que me preocupaba era no olvidar las llaves o dejar la cocina encendida en alguna de mis dos residencias. A pesar de que no tengo nada, mejor dicho, nadie que me ate en Valencia, sigo viviendo allí los fines de semana, como si fuera una casa de campo a la inversa. Y así disfruto lo mejor de las dos ciudades: la tranquilidad de una durante la semana de trabajo y las ofertas y servicios que brinda la otra, aún los sábados y domingos.

Tuve que pasar un período de adaptación a la inversa. Para quien viene de una gran ciudad con tanto tráfico, donde ir de un lado al otro toma entre una hora u hora y media, aún desde el mismo centro, vivir luego en una cuasi aldea a la que se le puede dar vuelta en una hora trotando, es todo un drama: llegaba con más de media hora de anticipación a todas partes; iba apurado y agitado,

ante la expectativa de llegar tarde; siempre creía que no podría hacer más de dos cosas en una mañana, cosas que implicaran ir de un lado a otro de la ciudad (normalmente, en Valencia, ir a una oficina pública y luego a un banco significa salir de casa a las siete de la mañana y desocuparse a las cinco de la tarde).

Esto que, como decía, constituyó durante un cierto tiempo mi mayor preocupación, me impidió en un principio darme cuenta de todo lo que pasaba a mi alrededor, de esa realidad atroz que un día se me reveló en su carácter de pesadilla y que me perseguía hasta en mis sueños, cuando podía dormir. Pero el descubrimiento al principio no pasó de ser una curiosidad, una perplejidad, un asombro tal vez. Como tantas otras cosas que en la vida después cobran una importancia inusitada, apenas si reparé en el hecho las primeras veces.

No estoy seguro dónde fue que lo noté la primera vez, si estaba en Valencia o en San Felipe. Me parece que fue en Valencia, sí; creo recordar que fue con Susana, la chica de la biblioteca: venía yo por una calle cercana a mi casa, y veo que se acerca alguien en quien creí reconocer a la mencionada Susana. Yo ya estaba a unos pasos de ella, sonriendo y mirando su cara, cuando la expresión de extrañeza en su rostro me hizo darme cuenta de que no era Susana, no podía ser ella: estábamos en Valencia, y ella trabaja en San Felipe. Bueno, no es esa la razón, quizás la expresé mal. Perfec-

tamente Susana puede venir a Valencia. Lo que quise decir es que al recordar que estaba en Valencia me di cuenta de que la mujer que miraba como pensando si yo sería un potencial violador o un novio del bachillerato (o ambas cosas) sólo era alguien que se parecía mucho a Susana.

La falsa Susana se quedó allí, como pensando si me devolvía la sonrisa que ya había desaparecido de mi rostro, si en verdad sería yo ese novio del bachillerato o qué sé yo. Me encogí de hombros y seguí mi camino. Recuerdo, ahora sí claramente, que en ese momento pensé: si no me hubiera ido a vivir a San Felipe, y no hubiera conocido a Susana, tal vez jamás me habría fijado en esta mujer. También pensé: esta mujer quizás jamás conocerá a Susana, quizás jamás sabrá que existe una persona igual a ella en otra ciudad; quizás nadie más haya establecido ese nexo, quiero decir, nadie que conozca a Susana o a esta otra mujer se ha cruzado con la doble. Eso me hace único en el universo, pero no sé bien de qué me sirve.

Al principio, como decía, el asunto no pasó de allí, no pasó de ser algo que me causó curiosidad y que me obligó a estar alerta cuando iba por la calle de alguna de las dos ciudades: cuando veía a algún conocido, tenía que recordarme a mí mismo que estaba en Valencia y que ese señor que estaba delante de mí en la cola del banco no podía ser, en ningún modo, mi amigo Jorge, ya que él estaría en San Felipe. Además, de haber sido él, que estuviera de visita en Valencia, me habría

saludado, y no habría puesto cara de extrañeza o incomodidad ante mi mirada (seguramente de sorpresa, que no yo podía o no sabía disimular). Después empezó a despertarse mi interés por este asunto de los clones y traté de comprender si habría un patrón o algo similar. Hasta ese momento se me habían presentado apariciones de clones de personas que eran más viejas en Valencia y más jóvenes en San Felipe, es decir, creía en un principio que los originales estaban en Valencia y los clones o copias en San Felipe, deducción hecha a partir de la obvia diferencia de edad. Pero, darme cuenta de que el chico patinador que vive al lado de la lavandería a donde llevo mi ropa es de la misma edad de uno de mis estudiantes (Raúl Riera), me hizo descartar esa hipótesis. Curiosamente, el chico patinador también estudia diseño, pero en Valencia.

Otras personas clonadas me confirmaron que no había, en efecto, tal patrón (original mayor en Valencia, clon joven en San Felipe): la señora Dinorah, participante de uno de mis talleres, debe tener cerca de 54 años. Mucho mayor que una de mis más queridas ex estudiantes de maestría en Valencia: Yadier. Hasta podría ser su madre. El maracucho, propietario y dependiente del local donde desayuno mis empanadas cuando estoy en Valencia, tiene su correspondiente clon: se trata de un señor de la misma edad que el maracucho, a quien me cruzo frecuentemente cuando subo a correr al parque Bernabó, cosa que no haría nun-

ca el maracucho, me refiero a correr, ya que el maracucho fuma más de una cajetilla diaria y por el contrario su clon debe llevar una vida sana. O no podría estar corriendo de esa manera a sus casi 60 años.

Este último caso— el del maracucho— me hizo construir otra hipótesis: los clones se comportan exactamente al contrario de sus originales o viceversa. Pero de inmediato descarté esa creencia, porque tanto Raúl como el chico Patinador estudian la misma carrera, y les gustan las patinetas, los tatuajes y los peircings. La señora Dinorah y Yadier estudiaron pedagogía y son grandes interesadas en el tema de la promoción de la lectura y la escritura. Así que no había tampoco patrón al respecto, ni de similitud ni de lo contrario.

Hasta ese momento para mí todo esto de los clones era prácticamente un entretenimiento con el que llenaba las horas muertas cuando no tenía clases. Aclaro que era la primera vez en mi vida que tenía un solo trabajo y, como estaba sin pareja, me sobraba algo de tiempo. Ésa fue la razón por la que empecé a correr. Pero, volviendo al asunto, el tejer y destejer tantas hipótesis con respecto a los clones, tratar de corroborarlas me causaba una curiosidad al borde de la emoción o la risa. Incluso, me atreví alguna vez a seguir a algún clon para ver si tenía un trabajo similar al de su modelo original en Valencia.

Cuando cumplí el segundo año en la universidad, ya el asunto había dejado de ser una curio-

sidad y se había instalado en mi vida como una verdadera obsesión. Dos cosas en particular comenzaron a ocupar mi pensamiento. La primera cuestión era si todos los habitantes de San Felipe serían clones de alguien de Valencia o viceversa. Dada la diferencia de población (un millón setecientos mil contra poco más de doscientos mil), era imposible que hubiera una total equivalencia de todos cada uno de los elementos de ambos conjuntos. Podía ser que clonaran sólo a algunos; pero, ¿usando qué criterios dejan a unos por fuera?, me pregunté. Esta vez no tuve necesidad de construir una hipótesis para descartar, es decir, no tuve tiempo, porque la respuesta llegó sola y más rápido de lo que esperaba.

La cuestión se me aclaró cuando conocí a Laurena. Uso este nombre inventado (no conozco el real) para llamar a esa jovencita, una niña casi, que estudia en el Liceo frente al cual paso casi todas las mañanas corriendo. Uso este nombre formado a partir de los nombres de Laura y Lorena, las dos mujeres a las que más he querido, o con las que por más largo tiempo tuve una relación (en este momento soy incapaz de diferenciar un hecho del otro). Laura y Lorena son parecidas físicamente: pequeñas, blancas, delgadas, con largo y sedoso caballo negro, facciones orientales, ojos rasgados. Cualquier desprevenido habría tomado a Lorena por hija de chinos y Laura de japoneses. Laurena tiene algo de Laura y algo de Lorena.

Claro, era obvio: había clones mixtos, con algo de unos y de otros. Entonces comencé a ser más atento. Notaba aquí y allá lo que antes me había pasado inadvertido: ese hombre con la nariz, la frente y la voz gangosa de mi padre, pero con la estatura, el porte y el cabello engominado de mi amigo Gianni; un clon espantoso de Rivas (un gordo enorme que jugó básquet conmigo) y el señor José, el de la charcutería. Y digo espantoso porque el señor José es chico, como su clon, pero este último tenía de Rivas era las orejas, precisamente: las orejas de Rivas ya eran grandes para un hombre de su tamaño, casi dos metros de estatura.

Había comenzado a notar que las clonaciones no se producían sólo con respecto a las personas, sino también con los objetos, las casas e inmuebles en general, cuando la segunda cuestión se me presentó como un relámpago, un destello, una de esas revelaciones que son tan claras como indudables. Estaba, en ese momento, visitando un nuevo centro comercial en la cuarta avenida de San Felipe, un centro comercial hecho a imagen y semejanza del Pasaje Centro de Valencia, tal cual como estaba, aún nuevo, cuando yo era un niño. Viendo sus escaleras de granito, y recordando las ahora desgastadas del Pasaje Centro, supe que la verdad cuando se revela de pronto a menudo nos deja atónitos, al borde del miedo: ¿y si había un clon mío?

Todas esas historias acerca de los universos paralelos, de los viajes en el tiempo y los cataclismos

que se podrían producir cuando una persona se encontrara con su similar, dejaron de ser una historia de ciencia ficción para convertirse en una terrible y temible, quizás sólo posible, pero también quizás inminente, realidad. Desde ese momento, el sueño huyó para siempre de mí. No podía dormir y tampoco quería ir al trabajo, por el temor de encontrarme con mi propio clon. Era terrible eso de andar por la calle tratando de no ver a la gente. (Me gané la enemistad de la profesora de Gimnasia porque pensó que yo estaba haciéndome el loco para no saludarla.) Sin embargo, seguía acechante, con el alma en vilo y la mirada atenta: cada vez que iba en un autobús y subía un pasajero, yo escrutaba su rostro buscando algo de mí.

Comencé a pensar en renunciar al trabajo para no tener que enfrentar ese grave peligro, que quizás era un peligro no sólo para mí sino para toda la humanidad. Mis días fueron largos, pero mis noches interminables. Los únicos momentos tranquilos los pasaba en Valencia, sabiendo (o creyendo) que allí no me iba a cruzar con mi clon. En pocos instantes de solaz venían a mi mente ideas más relajadas. Yo tenía la esperanza de que Laurena se encontrara con mi clon y se hicieran novios. Quizás mi clon era un jovencito igual que ella. Yo no me hubiera atrevido a acercarme en mi estado actual, quiero decir, con mi yo verdadero: tengo 40 años y ella cerca de 15; es una niña apenas, como dije. Me podría tomar por algún degenerado.

Otra cosa que me causaba curiosidad era si nadie más lo había notado. Porque yo no era la única persona que podía haber ido, viajado, estado o vivido en las dos ciudades. Mis compañeros de trabajo, en su mayoría eran de Barquisimeto, poco conocían Valencia. No les quise preguntar nada. Sí había otro profesor, Oswaldo, de Diseño Industrial, que era de Valencia y trabajaba en la Universidad. Pero él sólo tenía dos días de clase en la semana; nunca se quedaba en San Felipe. No pasaba del terminal. Difícilmente habría visto a alguno de los clones. Quizás a alguno, pero no tantos como yo, que vivía toda la semana en San Felipe.

Tenía ganas de hablar con alguien al respecto, pero no me sentía en confianza con nadie. No tenía prácticamente vida social: la había perdido en Valencia y no había construido una nueva en San Felipe. Una cosa que es particular de la enseñanza universitaria es que uno no coincide con los compañeros en todo momento, como pasa en las oficinas, sino que los ve un día a la semana, en una determinada hora, nada más, cuando las clases se cruzan. En el almuerzo, sobre todos los miércoles y jueves, era cuando más solíamos encontrarnos, en una pequeña fonda que habían abierto y que nosotros habíamos hecho prácticamente nuestra.

Por cierto, la chica que allí atendía era la persona en quien más había pensado para confiarle mis preocupaciones. Yo me quedaba largo rato conversando con ella, sobre todo los días miércoles,

cuando los demás profesores se habían ido a sus clases y yo tenía que esperar hasta las cuatro de la tarde, que era cuando me volvía a tocar. En esas conversaciones había descubierto que teníamos muchas cosas en común: no bebía ni fumaba, le gustaba el básquet (aunque es fanática de los Celtics y yo de Oklahoma), detestaba al Barça, también participaba en maratones, era divorciada y no había convivido más que con una pareja en su vida. Nos parecíamos en casi todo, salvo en el detalle de las parejas, en el hecho de que ella nunca pudo culminar la universidad y en los libros y autores que nos gustaban, sobre todo en lo que se refería al pesado de Vargas Llosa, que yo no tolero y que ella adora.

Un día, mientras esperaba que me trajera el café, me puse a examinar fotos viejas en la sala de la casa, que hacía las veces de restaurant, ya que era allí donde estaban las mesas para los comensales. En una de las fotos, tomadas en la época en que mi amiga seguramente estudiaba bachillerato, aparecía ella con el cabello largo y alborotado, un poco a la manera de los '80, tal como yo lo usaba antes de entrar en la universidad, cuando mis anhelos se reducían a tener una Fender y poder ejecutar los solos de guitarra de Kirk Hammet. ¿Cómo no me había dado cuenta antes del parecido? ¿Por qué no había pensado en esa posibilidad? Hasta entonces siempre había visto que los clones eran personas del mismo sexo, pero en mi caso era evidente que tampoco eso era una constante.

No sé si mi mayor alegría provino del hecho de saber que era una persona que también me agradaba o que culminara la angustia que hasta ese momento me aprisionaba: no se había producido la tan temida destrucción del universo. De hecho, ya nos habíamos visto muchas veces y nada había pasado, nada grave quiero decir: ningún cataclismo, ninguna supernova, ninguna entrada en el campo gravitacional de un agujero negro. Creo que yo tenía lágrimas en los ojos cuando ella se acercó silenciosamente, por detrás de mí: vi su reflejo en el marco de la foto. Me volteé, me dio la taza de café y se retiró, discretamente. Quizás ella también lo sospechaba o se había dado cuenta antes. Y en ese momento corroboró la verdad. Esa noche pude por fin dormir, plácidamente. Cuando estaba a punto de vencerme el sueño me llegaron imágenes de mi infancia: recordé que cuando era niño me gustaba esconder las muñecas barbie de mi hermana, para hacerle creer que se habían perdido. Luego, yo jugaba con ellas, con las muñecas, a escondidas, para que nadie supiera. ¿Sería por eso que se equivocaron al clonarme? Pero ya no importa.

El doctor Putas

Antes, mucho antes, no ahora, antes de ser un viejo desdentado, que anda todo el día en pantuflas de motivos escoceses y bóxers que no hacen juego, con unas piernas secas, pálidas, velludas, las medias ya sin goma, caídas a media canilla; mucho antes de perder su mata de cabello gracias a la cual podía peinarse como el puma José Luis Rodríguez; cuando aún conservaba todos sus dientes; antes, cuando lucía un grueso anillo de un metal misterioso (no era plata ni hierro ni níquel), con símbolos masones. En realidad él no era masón; el anillo perteneció seguramente al abuelo; sólo que le gustó y se lo quedó, cuando lo encontró, rebuscando en un cajón de la casa familiar. Eso fue días después de que el padre se disparara con una escopeta, allá en el miserable rancho de Campo Elías, donde se había amancebado, dejando todo por la mulatica aquella, piel de india, pelo de india, rostro de negra, risa de negra, aroma de hierbas.

Un médico de pueblo es más bien como una especie de consejero, que con el tiempo se hace amigo de la familia; recibe sus hallacas en diciembre y su arroz con coco en semana santa. No va más allá de auscultar, decir cosas como “tosa”, “diga treinta y tres”; recetar aceite de hígado de bacalao o algún purgante de esos que ya no se ven ni se usan, para botar los parásitos, porque mire que este mucha-

cho está flaco; combinando la medicina popular con lo poco que se puede conseguir en la farmacia, cuando está abierta, que no es muy seguido. Los casos más difíciles van de una vez para San Felipe, porque en el pueblo no hay más que una plaza, el módulo de la policía y el burdel.

Las primeras veces sí, había sido por razones puramente profesionales. La Señora Margot (obviamente, ese no era su nombre; se lo había cambiado por motivos también profesionales, pero de otra índole) lo había llamado para que revisara a unas muchachitas que habían llegado nuevas, unas del llano, otras de los Andes, porque no se sabe, aunque sean muchachas, a lo mejor ya han estado trabajando por allí sin mayor control y uno tiene que tener cuidado con los clientes, usted sabe cómo es, doctor Luigi. (Comenzaron a llamarlo Luigi un día, pero él no era italiano; fue sólo una equivocación de alguien. A él le gustó. Ese nombre iba con su porte, con su estatura, su aspecto rubicundo y trasalpino.)

En esas visitas la señora Margot le ofrecía café y le ofrecía un pedacito de bienmesabe, hasta que llegó la ocasión en que le ofreció probar a una de sus muchachitas. Él no probó sólo una, sino de a dos de una vez; porque le costaba decidirse. A la señora Margot no pareció molestarle, a las niñas tampoco; ¿qué decir de él, de Luigi? Nada, un halago para su vanidad de macho adulto y soltero, de posición respetable (que ser el único médico del pueblo era tanto como ser alcalde).

En un movimiento tan inesperado como repentino, la señora Margot comenzó a hacer un mercadeo valiéndose de la figura y ascendiente del doctor Luigi: pero era algo subrepticio, secreto: cuando algún cliente mostraba interés en una de sus niñas, la señora Margot decía “ya el doctor le dio el visto bueno, en todos los sentidos, y se dio un gusto que ni le cuento”. Al cliente en cuestión le brillaban los ojos y cerraba el negocio. Con el tiempo, gracias a estas estrategias, la señora Margot hasta se dio el lujo de aumentar las tarifas.

Paralelamente, al doctor Luigi le comenzaron a nacer compadres que le palmoteaban la espalda, le regalaban botellas de whisky, lo invitaban a una carne en vara y le recomendaban otros sitios en otros pueblos, tan buenos como el de Margot. Por otra parte, la clientela seria fue decreciendo: las señoras no querían que las tocaran, ni a ellas ni a sus hijas, *con esas manos que manoseaban a las puerkas de la casa grande de la esquina*. Lo de doctor Putas lo habrá inventado una de esas viejas que presumen de beatas, pero por dentro están muriéndose de ganas y se van frunciendo y amargando, porque no hay quien las toque: en un pueblo, después que una mujer de cuarenta se divorcia, ya va lista. Gracias a las recomendaciones de Margot y de sus compadres, las operaciones del doctorcito se ampliaron a otros burdeles de pueblos tanto cercanos como lejanos: San Pablo, Campo Elías, donde su padre vivió los últimos días hasta el suicidio, Camunare, todos esos lados de por ahí;

porque en los pueblos nunca falta un prostíbulo ni una licorería, donde ahogar las penas y desahogar el cuerpo. La dinámica era la misma: llegar, revisar a las mujeres, ver que no estuvieran enfermas, probar después la mercancía, para en carne propia dar el visto bueno. Y lo bien que pagan las dueñas de esos negocios (vaya usted a saber porque en la actividad burdelera venezolana no hay dueños de sexo masculino; por lo menos en esto las feministas no tendrían de qué quejarse). Si algo es rentable en este país es el vicio, pensaba el doctor Luigi, campaneando su whisky, disfrutando de un período de opulencia y de un enorme conquistador que casi no necesitaba, pero era el complemento para su gruesa cadena de oro, su maletín de cuero, sus mocasines de dos tonos y su anillo de falso masón. Y quien diga que nada bueno puede durar demasiado es porque no ha conocido al doctor Luigi, quien comenzó la buena vida antes de cumplir los 35, y si no fuera porque la próstata y la erección tienen su vida útil... Llega un momento en que ya ni con viagra. Ni castigo divino ni nada; ni gonorrea ni chulo celoso. El doctor Luigi disfruta feliz de su retiro del mundo, dentro de lo que puede aplicarse ese adjetivo para un anciano de 77 que sufre de alzheimer. Sus inversiones (fondo de pensión de retiro del banco Santander) le permiten pagar a una enfermera para que lo cuide. Un tiempo se quedó con la hija mayor, en la casa que él mismo le regaló y le amobló: una man-

sión, prácticamente, subiendo por la avenida la Paz. El único problema es que, aunque el vigor disminuye y no da para hacer nada, la lascivia se mantiene; y si a eso sumamos el alzheimer... Ya la hija de 45, la nieta de 22, la de 17, más todas las amigas de la hija, las sobrinas, sobrinas nietas, se cansaron de que el viejo ese quisiera auscultarlas por debajo de las faldas, preguntándoles cosas como “en cuánto los tres platos”, si hacen ruso, francés y griego, cosas así.

Así que, de común acuerdo todos, se decidió y se quedó el doctor en su casita de la Patria, cuidado por enfermeras que de tanto en tanto hay que cambiar, porque las mujeres también se asustan con las indecencias del *doctor Putas*. Como los chismes corren rápido y ninguna quiere ser acosada por un viejo morbosos de 77 años que se desviste y las persigue y les pregunta cosas que sólo se pregunta a las prostitutas, hay que empezar a buscar enfermeras que no sepan de su fama, ir incluso hasta Barquisimeto.

De allí viene la muchacha esta, Lesbia (su mamá quería bautizarla con el segundo nombre de Ana, ya que así se llamaban sus mejores amigas, pero no era una combinación muy feliz). Ella ni sabe ni entiende mucho, es como inocentona; pese a que ya tiene un hijo. Lesbia no se horroriza por las cosas del doctor Luigi, porque muchas no las entiende y no ha visto aún lo peor. Cuando le preguntó cuánto cobraba por sus servicios, ella pensó que se refería a los de enfermera y le res-

pondió cuánto cobraba. Le preguntó si era por horas, ella dijo que sí, podía ser por horas o también se podía quedar toda la noche, si él lo deseaba; el doctor Luigi se estrujó las manos. Él le preguntó si ella hacía de todo, y ella que sí, todo lo que él necesitara. Y él mostró su sonrisa desdentada, pensando en ciertos placeres; aunque no sabe que ya están idos para siempre.

PARTE V. OBSTINATA PRESENTIA

La importancia de llamarse Mariana

A sus espaldas una persona gritaba llamando a alguien. Pero Marina ni se había molestado en voltear, considerando que no era con ella, hasta que sintió un toque, más bien un sacudón, algo brusco en el hombro:

— Mariana, Mariana, ¿no escuchabas que te estaba llamando?

Entonces sí volteó. Entre el nombre incorrecto y la cara de esa mujer a la que no recordaba conocer, el gesto de confusión era el único posible. Antes de que pudiera objetar algo, la mujer, notando el gesto, arremete de nuevo, con vehemencia, casi con violencia, como un reclamo:

— Soy yo, ¿no recuerdas? Estudiamos juntas en el liceo.

Marina ha dejado por un momento de preocuparse por el nombre y ahora trata de buscar en su mente cómo sería, de joven y más delgada, el rostro de esta mujer muy gorda.

— Soy Ángela. ¿No me digas que no te acuerdas? Marina iba a protestar: “la que no recuerda eres tú”; pero otra vez la mujer se adelanta:

— A lo mejor no te acuerdas por el nombre, pero sí por las cosas que hacíamos. ¿Recuerdas cuando hicimos la torta con crema de afeitar y aserrín?

Ahora sí, ahora sí llega clara y nítida una imagen. El rostro de Marina se ilumina, vuelve a sonreír, Ángela también. Charlan amistosamente, pero la

otra insiste en llamarla Mariana. Marina trata de aclarar la confusión; sin embargo, Ángela habla tan rápido y salta de un tema a otro que no puede interrumpirla y menos aún corregirla. A lo único que acierta es a responder con una carcajada cada anécdota que Ángela inicia con un “¿recuerdas cuando...?”

Al final se despiden y no le da tiempo de hablar del detalle del nombre; pero no importa, se distrajo un rato, olvidando todos los trámites pendientes que tiene por el divorcio. Además, quedaron en volver a verse, y luego le aclararía que ella no se llama Mariana.

Pero la alegría le dura poco, hasta que llega a la notaría y le entregan el acta esa de inscripción del matrimonio realizado en el extranjero, porque Marina se casó en Italia, en Ravena: durante el corto tiempo que vivió allí conoció a alguien, se casaron, se separaron en menos de un año, se devolvió a Venezuela y ahora, dos años después, andaba en los trámites para el divorcio, pero como no iba a viajar a Italia otra vez sólo para eso, estaba haciendo todo por aquí. Y le pedían un acta de matrimonio original para radicar el asunto aquí.

El problema era que el papel que le entregan dice que ella, Mariana Cárdenas, se había casado en... Entonces reclama: que ella no se llamaba así, que era un error. La empleada se excusa:

— Eso no es mi culpa, así está en el papel que usted trajo.

Y Marina mira sorprendida: en efecto, nunca antes lo había notado, pero en el documento que ella había consignado para que le hicieran el acta se lee claramente que quien se casó fue una tal Mariana Cárdenas. Más confundida que al inicio, Marina abandona el lugar preguntándose cómo no se dio cuenta antes, y si ahora sería todo más confuso con ese error en el nombre, o si sería más sencillo y, en lugar del divorcio, podía solicitar una anulación del matrimonio.

Cuando llega a su casa, comienza a buscar en distintas carpetas, en gavetas, en todos los documentos que tiene, para ver si hay una copia del acta de matrimonio en la que su nombre esté correctamente escrito, pero lo único que encuentra es el mismo panorama, y ya es como para comenzar a preocuparse en serio: el documento de compraventa del vehículo dice Mariana, el título de propiedad del apartamento dice Mariana, el título de la universidad, del postgrado (que hizo en Ravena), hasta las notas del bachillerato, en todas partes está el maldito nombre: Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana, Mariana...

Parece como si hasta las paredes lo gritaran. Mira las fotos enmarcadas que están en la mesa: ésa que está allí, vestida de novia, es Mariana; es Mariana esa que sale junto con su madre y su hijo tocado con un gorro de payaso (el hijo, ahora adolescente, está con el padre, otro hombre, no el de Italia; éste

vive en Estados Unidos); la que sonríe un poco asustada junto a un león marino del Sea Aquarium es Mariana. No hay ninguna de Marina.

Marina llama a su madre, la de la foto, y le dice que va para su casa, tiene algo que decirle. La madre cuelga algo preocupada. Mariana pide a un taxi, porque no tiene carro, ya lo vendió (eso sí lo recuerda, de eso sí está segura, cree). En casa la madre está, como siempre, en la cocina; es su lugar predilecto. Hasta cuando se baña y se pone ropa limpia, la madre sigue oliendo a comida. Pero ese olor llena de ternura a Mariana, Marina. Le cuenta todo, desde que entró a la oficina a buscar el documento del matrimonio hasta ese instante en el que, sentada ante la mesa de la cocina, aspira y degusta un consomé en unas tacitas que ella misma le trajo a la madre una vez, hace tiempo, de Mérida. La madre está muy seria.

— Yo creo que el divorcio y la soledad te deben haber trastornado. Tú siempre te has llamado así. No sé de dónde sacas esas cosas.

Marina, Mariana rompe a llorar. La madre se le acerca y la abraza, la consuela. La madre huele a medallones de lomito. Mariana se limpia la cara y se despide. La madre pregunta si no se va a quedar a comer: ha preparado un rico asado.

— Gracias, mamá, pero no. Todavía tengo cosas que hacer— y se despide de su madre, prometiéndole volver al día siguiente y pidiéndole que, por favor, si queda algo del plato que le ofreció, le guarde.

Mariana piensa en regresar a casa en autobús; pero luego considera que es mejor caminar, para pensar un poco en todo lo que le ocurre. El asunto en sí quizás no sea tan malo ni tan grave. Debe ser algo como pintarse el cabello (recuerda que lo ha tenido rubio, con mechitas, castaño y hasta rojo, aunque fue por poco tiempo: un shampoo de esos que se cae tras unas lavadas). Y ya todo el mundo la conoce así...

Mariana no está en una condición física tan óptima como quisiera. En Ravena sólo comió pizzas y pastas; en Venezuela bollos, arepas, asados. Doce kilómetros de su casa a la de su madre es como mucho. Se detiene y sube en un autobús. Se sienta al fondo. Dos paradas después se sube una mujer. Alguien le grita:

— Marina— la mujer voltea; Mariana no. No es con ella el asunto. La otra mujer se cambia del asiento para conversar con quien la ha llamado. Mariana suelta, por un fin, un suspiro por largo rato contenido. Es sólo una letra. Pero es una letra más; ahora tiene siete letras en el nombre, no seis. La otra es sólo una pobre tonta que se llama Marina.

Mala junta

Desde hace más de un año habíamos adquirido el apartamento, que ya tenía varios meses alquilado; pero ninguno de los dos había querido asistir a las juntas de condominio, por considerar que eran reuniones en las que se debatían asuntos sin importancia. Incluso, cuando se eligió o ratificó a la directiva, ambos ignoramos la convocatoria. Después de todo no vivíamos allí, sino la inquilina, pensábamos, y ese apartamento sólo era para negocio. La inquilina era la más insistente en que quizás debíamos ir algún día. A menudo nos mencionaba el asunto; pero después ambos lo olvidábamos, ocupados como estábamos con tantas cosas.

Por fin, convencidos por la inquilina de que la siguiente era una junta importante, lo echamos a suertes y le correspondió a mi esposa asistir. El asunto era en el salón de fiestas, cuya pared lindaba con nuestro apartamento; se habían desplegado unas sillas y armado una mesa con el presidium. La presidenta de la junta de condominio, del PH2, saludó con emoción:

— Hola, usted debe ser la del PB1. Por fin tenemos el gusto de conocerlos, bueno, por lo menos a usted; a su esposo imagino que lo veremos algún día.

— Bueno, sí— es lo único que acierta a responder mi esposa.

— Venga para presentarla— dice toda obsequiosa la del PH2.

Empiezan a deambular entre las sillas donde los vecinos y habitantes del edificio la Rosaleda se habían sentado espaciadamente cada tanto, según sus gustos, afinidades, simpatías o antipatías.

— Ella es la del 04-73, es profesora de aerobics; ya sabe, cuando quiera perder esos kilitos...

Ambas, 04-72 y PH2 se ríen, pero a mi esposa no le causa gracia la cosa. 04-73 le responde a PH2:

— Y a usted también le hace falta, no se haga; ya bastante que le he dicho. Tómese lo en serio, mire que su esposo se la pasa viendo para otros lados. La sonrisa de PH2 se congela y, tomando de la mano a quien desde ya considera su invitada personal y aliada, deja a la otra allí, sin respuesta. Se acercan a un grupo.

— Hola, ella es la del PB1, y él es 5-16 (un viejo enorme, gordo, bizco y con los lentes en la frente, como si fuera un cíclope con estrabismo, la mira sin responder y luego vuelve a desplegar un arrugado periódico que había doblado por unos segundos).

PH2 no desfallece en su intento por parecer buena anfitriona y hacer que la nueva socialice con los demás vecinos. Se voltea y le da la espalda al del 5-16 para presentarle a dos señoras:

— Ella es 3-27 (a la izquierda), hace unas tortas riquísimas (la señora sonríe como podría hacerlo una cacatúa septuagenaria) y ella es 8-11 (a la derecha, una señora con unas piernas enormemente hinchadas, como si fuera una elefanta de circo jubilada)...

PH2 no termina de hacer las presentaciones porque desde el presidium alguien llama su atención: — Mira, vamos a comenzar la junta, deja ya la chismeadera.

— Ay, llegaron la secretaria (5-23) y el tesorero (6-14); me voy, disculpen, las dejo para que sigan conociéndose.

Por supuesto, la cacatúa y la elefanta jubilada ignoran a mi esposa, quien pide permiso, saluda y opta por buscarse una silla donde no tenga cerca a alguien mal encarado o con aspecto hostil, cosa que luce bastante difícil, ya que nadie en esa junta de condominio podría ganar el premio de miss o místico simpatía.

La junta va a comenzar. Toma la palabra 1-18, quien quiere exponer una situación que se viene presentando con el 2-16, que todo el tiempo se estaciona en el puesto que no le corresponde.

— La próxima vez que lo encuentre estacionado allí voy a parar mi carro detrás del suyo y lo voy a dejar trancado por una semana.

Alguien (PB1 no sabe quién es) dice que va a buscar a 2-16 para que se defienda de esas acusaciones. 1-18 la ataja:

— Ya salió la verdolaga ésta a defender a alguien, como que si la cosa es con ella; ¿o es que también te acuestas con el 2-16?

La aludida (11-2) se defiende:

— ¿Estás celoso? Claro, como a ti nadie te ha parado bolas en este edificio. Porque no vengas a decir que no le has echado los perros a todas,

si hasta el marido de la 7-31 te dio tu parado y te ofreció unos coñazos y todo.

Comienzan a gritarse los unos a los otros y a lanzarse acusaciones de diversa índole: 3-27 acusa a 6-14 de llegar borracho y orinarse en un rincón del pasillo del tercer piso; 8-11 dice que además 5-16 suelta unos gases hediondísimos en el ascensor cuando viene lleno de gente (5-16 arruga el periódico con sus manazas, le suda la frente, pero no dice nada); una mujer (11-6) que llegó entaconada, perfumada y maquillada como para una boda dice que la hija del 2-37 está todo el día escuchando música; 2-37 le dice que nadie le reclama a ella (11-6) por meter a un hombre distinto todos los días a su apartamento; por lo bajo 6-14 se ríe y pregunta cuánto cobra; 11-6 dice que se nota a leguas que él (6-14) no tiene con qué pagar, a pesar de todo lo que se ha robado en compañía de las dos gárgolas ésas que lo acompañan en la junta de condominio.

Los gritos arrecian. Ya no se entiende nada. Varios se levantan y agitan violentamente las manos. Cuando parece que están a punto de pegarse, entonces voltean al lado o al frente o atrás y responden a las tantas acusaciones. Entre tanto han llegado otras personas, quienes se pueden incorporar a la discusión, gracias a que alguien generosamente se encarga de ponerlos al corriente y repite las cosas que se dijeron de ellas en su ausencia. Una mujer (11-9) acusa a 2-37 de haberse acostado con su marido cuando ella esta-

ba embarazada. Un hombre (al parecer es 2-16), que viene con los faldones de la camisa por fuera, amenaza con el índice alternativamente a PH2 y a 1-18. Otro hombre, 3-5, está tan furioso que no sabe qué hacer, salvo agitar los puños y golpearlos contra sus muslos; una mujer (2-37) zarandea por el brazo a una adolescente (la niña que suena la música a todo volumen).

PB1 no puede más y se levanta:

— Me voy— le anuncia a la presidenta.

Al instante todo el mundo se calla. La presidenta llama al orden. Todos se sientan. La secretaria lee el acta del día con total parsimonia; pero lo que lee no tiene nada que ver con este día sino con una junta anterior. Dice que una vez finalizada la lectura dejara el cuaderno allí para que todos lo firmen. 1-18 dice que hace falta añadir un detalle que él consideró de suma importancia la vez pasada. 2-16 dice que es cierto, que no deben dejar de lado las observaciones de su compañero. La presidenta murmura algo al oído de la secretaria, la secretaria toma nota y dice que ya ha sido asentada la observación. La presidenta dice que mientras van firmando pueden disfrutar de unos antojitos cortesía de la vecina del 3-27 (quien sonrío de lo más afable).

PB1 (mi esposa) no sabe qué hacer, y ha permanecido sentada y atónita todo este tiempo, a pesar de que dijo que se iría. Ya la reunión formal se ha levantado y ahora están en la fase de socializar, pero de un modo muy distinto al inicio. Sin

embargo, PB1 se siente insegura y evita fraternizar con nadie, pese al ambiente más relajado. Ni siquiera le apetece probar las rosquillas que 3-27 preparó para la ocasión, no vaya a ser que... Por fin se decide a irse de verdad, antes de que vuelva encenderse otra vez el zafarrancho, aunque ahora parece difícil. Hasta 1-18 y 2-16 conversan por lo bajo; 2-16 tiene la mano sobre la espalda de 1-18 de manera amigable.

Cuando sale, todas las personas le agradecen a PB1 por haber venido y desean volver a verla y que no falte a las reuniones que es muy importante su presencia y que no vaya a pensar mal de ellos por eso que vio, que allí todos son sus amigos. Así me lo contó mi esposa y aquí estoy yo ahora, preocupado, esperando que dé inicio a la reunión; porque ahora me tocó a mí asistir, para que la cosa fuera equitativa y viera yo cómo era el asunto. Llega la señora del 3-27 coloca una bandeja en una mesa. Ella advierte que la observo y me devuelve una mirada intimidatoria.

Entra la presidenta y se sienta entre la secretaria y el tesorero. Saluda inclinando la cabeza y sonriendo a todas partes. 2-16 levanta la mano y dice que tiene que hacer un reclamo a las personas del PB1 y se voltea hacia mí, amenazante. La *junta* va a comenzar.

Contenido

PARTE I. CARBURADOR

Historia ilustrada del automóvil 7

El juego del ciego 14

PARTE II. OBTURADOR

A la izquierda, personaje desconocido 33

Manual de fotografía a oscuras 42

PARTE III. MÁQUINA DE ESCRIBIR POR DENTRO

Síndrome del gato paracaidista 55

Tarde de perros 62

Tostadas de chenko 71

PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA RAYA

El doctor Putas 90

PARTE V. OBSTINATA PRESENTIA

La importancia de llamarse Mariana 99

Mala junta 104

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 8 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el amrco de septima edición de la Feria independiente del Libro de Maracaibo

sultanadellago.com